
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Joseph Berna
AGUIJON MORTIFERO



BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Joseph Berna
AGUIJON MORTIFERO

SELECCION

TERROR

JOSEPH BERNA

AGUIJON MORTIFERO

Colección SELECCION TERROR n.° 579 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

ISBN 84 02 02506 4 Depósito legal: B. 9.549 1984 Impreso en España Printed in Spain
I. ª edición en España: mayo. 1984 I.* edición en América: noviembre.
1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés IN 152, Km 21,6501 Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Albert Fresson iba a cumplir muy pronto los cincuenta años de edad.

De ellos, más de treinta los había dedicado casi por completo a la investigación. La Biología y la Química eran las ciencias que mejor dominaba, y en esos campos realizaba continuos experimentos.

El profesor Fresson había conseguido logros importantes, despertando la admiración no sólo de sus colegas franceses, sino de los científicos de todo el mundo.

Vivía en el campo, a unos veinte kilómetros de París, en una casa antigua, pero bien conservada. La casa era grande y se alzaba en una zona muy tranquila, por lo que el profesor Fresson podía trabajar a gusto en ella.

Albert Fresson era un tipo menudo, delgado, aunque poseía una vitalidad que estaba muy lejos de aparentar. Tenía el cabello plateado, abundante, graciosamente revuelto. Usaba lentes y se cubría con una bata blanca.

Se encontraba en su laboratorio, trabajando afanosamente en su último experimento, que todavía no había dado ningún resultado. Pero el científico, que jamás desesperaba, confiaba en que los daría muy pronto.

Era sólo cuestión de perseverar. Y perseverancia, a él, le sobraba.

El experimento consistía en inocular una pequeña dosis de una sustancia amarillenta, creada por el propio profesor Fresson, en el organismo de un alacrán.

En teoría, la sustancia debía provocar el desarrollo del arácnido pulmonado, duplicando o triplicando su deprimido cuerpo en sólo unos días.

Hasta el momento, sin embargo, ninguno de los alacranes inoculados había aumentado su tamaño.

Algo fallaba.

¿La sustancia...?

¿La dosis....?

El profesor Fresson se inclinaba más a pensar que era la dosis lo que fallaba, porque la droga creada por él le parecía perfecta y tenía que dar forzosamente resultados.

Quizá, para que los efectos de la amarillenta sustancia se manifestasen de forma clara, era necesaria una dosis más elevada.

El profesor Fresson decidió probar. Doblaría la dosis.

Y si tampoco daba resultado, la triplicaría.

Lo único que podía pasar, es que la dosis resultase excesiva para el organismo del alacrán y le causara la muerte, lo cual no tendría ninguna importancia, porque el científico disponía de varios ejemplares en su laboratorio.

El profesor Fresson procedió a la inoculación, experimentando con un alacrán que ya había recibido varias dosis en su organismo sin ningún resultado aparente, ya que su tamaño seguía siendo el mismo.

En esta ocasión, la dosis fue doble.

El alacrán movía su par de pinzas y su aguijón, corvo y venenoso.

Trataba de escapar, pero el científico lo tenía bien sujeto con unas largas pinzas, que atenazaban su prolongado abdomen en forma de cola, haciendo imposible la huida.

La inoculación terminó y el profesor Fresson devolvió al pequeño, pero peligroso animal, a su jaula, encerrándolo en ella.

El alacrán se movió con rapidez por la jaula, buscando la manera de salir de ella. El profesor Fresson lo observaba con mucha atención.

—Si pudieras decirme lo que sientes… —murmuró. El alacrán siguió corriendo por la jaula.

Parecía poseer más energía que antes de recibir la doble dosis de droga en su organismo, aunque era algo que no se podía asegurar, claro.

El profesor Fresson contempló algunos minutos más al arácnido y luego abandonó su laboratorio. Pero sólo momentáneamente, ya que pensaba volver y seguir trabajando.

Fue una lástima que el científico dejara de observar al alacrán, pues la doble dosis de droga estaba empezando a hacer efecto. Y de forma clara, además. El cuerpo del alacrán se estaba desarrollando.

En sólo un par de minutos, duplicó su tamaño. Y seguía desarrollándose.

Al cabo de otros dos minutos, el alacrán había triplicado su tamaño. Y no sólo aumentaba su cuerpo, claro.

También aumentaba su energía. Su agresividad.

Su fiereza...

Por eso, nada de extraño tuvo que forzara la jaula y consiguiera salir de ella.

El alacrán se movió con rapidez por encima de la alargada mesa de experimentos, agitando sus largas pinzas y su corvo aguijón, presto a inyectar veneno.

Sobre la mesa, estaba también el frasco que contenía la sustancia amarillenta creada por el profesor Fres- son. Quizá fuera el penetrante olor de la droga lo que atraía al alacrán, o quizá éste fuera hacia el frasco por instinto.

El caso fue que el animal alcanzó el frasco, lo derribó con sus pinzas, y la sustancia amarillenta se esparció por la mesa.

El alacrán se colocó encima de la sustancia y empezó a absorberla con avidez, como si supiera que ella le podía proporcionar un cuerpo varias veces mayor y una energía que le permitiría llevar a cabo acciones hasta entonces imposibles, tanto para él como para el resto de los alacranes del mundo.

* * *

El profesor Fresson se estaba tomando un vaso de leche.

Antes, se había comido un par de madalenas, hechas por Charlotte. Era la mujer que se ocupaba de la casa.

Se encargaba de mantenerla limpia, de preparar la comida, de lavar la ropa, de hacer la compra... En fin, de todo, porque Albert Fresson no tenía a nadie más en la casa. Charlotte contaba cuarenta y dos años de edad, y llevaba casi diez al servicio del científico. Era una mujer gruesa, bonachona, trabajadora.

El profesor Fresson estaba muy contento con ella y le pagaba un buen sueldo, para que no dejara su casa y se pusiera a servir en otra.

— ¿Estaban buenas las madalenas, profesor? —preguntó la mujer.

—Deliciosas, Charlotte —respondió el científico—. Nadie las hace como tú. La sirvienta sonrió, halagada.

—Coma más, profesor.

—No, que luego no cenaré.

—Usted suele cenar tarde, profesor Fresson. Tendrá apetito aunque se

coma otro par de madalenas.

—No insistas, Charlotte. La merienda de los hombres de ciencia tiene que ser ligera, ya lo sabes. Además, no quiero perder la línea.

— ¿Qué línea? Albert Fresson rió.

—No seas sarcástica. Charlotte.

—Está usted demasiado delgado, profesor.

—No querrás que me ponga como tú, ¿verdad?

— ¿Me está llamando gorda?

—Llenita, solamente.

—Es mejor tener carne que huesos.

—Yo también tengo carne, Charlotte. Poca, pero tengo.

—Si un perro lo viera en la ducha, se le hacía la boca agua, de tanto hueso. El científico rió de nuevo.

— ¡No exageres Charlotte!

— ¿Quiere que hagamos la prueba, profesor?

— ¡No!

—Tiene miedo de que el perro se lo coma, ¿eh?

— ¡Disfrutaría más comiéndote a ti!

—Los perros prefieren los huesos. Y a mí no se me marca ninguno, ni vestida ni en la ducha.

— ¡Seguro que no!

El profesor Fresson se levantó de la silla, después de apurar el vaso de leche, y dijo:

—Vuelvo al laboratorio. Charlotte.

—Hasta la hora de la cena, como de costumbre.

—Eso es.

—Trabaja usted demasiado, profesor Fresson.

—Me divierto con mis experimentos. Por eso paso tantas horas en mi laboratorio.

—Está bien. Le avisaré cuando esté la cena lista.

—Gracias. Charlotte.

El profesor Fresson regresó al laboratorio, sin sospechar lo que

allí había pasado. Cuando entró en él y descubrió el frasco de la droga tumbado, se quedó parado.

— ¡Dios mío! —exclamó, antes de correr hacia la mesa de experimentos. La droga había desaparecido.

Hasta la última gota.

Se diría que la amarillenta sustancia se había evaporado.

El profesor Fresson, perplejo, descubrió que la jaula del alacrán inoculado por él un rato antes estaba vacía.

— ¿Cómo es posible que...?

No acabó la frase, porque oyó un ruido a sus espaldas y se volvió en el acto. Sus ojos se dilataron al máximo detrás de los lentes, porque no podía creer lo que estaba viendo.

— ¡Dios bendito! —exclamó, con voz ahogada, ya que el terror lo había dejado poco menos que mudo.

Y, ciertamente, tenía motivos para ello.

CAPITULO II

No lejos de la casa del profesor Fresson, vivía Michel Dablon, un pintor que, a pesar de su juventud —tenía solamente treinta años de edad—, había conseguido que sus cuadros alcanzasen una cotización muy estimable.

Su casa no era tan grande como la de Albert Fres- son, pero sí más moderna, porque hacía sólo unos años que había sido construida. Michel Dablon la había adquirido recientemente, ansioso por dejar su piso de París e instalarse en el campo, en un lugar tranquilo, bonito, sereno, sin ruidos.

Había soñado siempre con ello, pero sus posibilidades económicas no se lo habían permitido hasta ahora. No era fácil abrirse camino en el mundo de la pintura. Los cuadros costaban de vender. Y más aún, venderlos a buen precio.

Michel Dablon lo había logrado y su sueño se había hecho realidad.

Vivía en el campo, gozando del sol, del aire puro, de la naturaleza, de los paisajes hermosos, que abundaban en aquella zona.

Nicole Bouquet había podido comprobarlo, mientras se dirigía en su «Mini» a la casa de Michel Dablon. Era morena, tenía los ojos verdes, la nariz ligeramente respingona, y los labios carnosos y brillantes.

Divisaba ya la casa del pintor.

Segundos después, Nicole detenía su «Mini» frente a la bonita casa de Michel Dablon. Paró el motor, cogió su bolso, y salió del pequeño vehículo.

Nicole vestía una falda amarilla, graciosamente corta, lo que le permitía exhibir sus preciosas piernas hasta casi un palmo por encima de la rodilla, y una liviana blusa color maquillaje. Calzaba zapatos descubiertos, de alto y fino tacón, blancos y rojos.

La joven se colgó el bolso del hombro y caminó hacia la puerta de la casa, cuyo timbre hizo sonar.

Apenas quince segundos después, la puerta se abría y un tipo joven se dejaba ver. Era bastante alto, de complexión fuerte y atlética, pelo negro, rizado, abundante, ojos marrones, nariz recta, mentón firme.

Vestía pantalón blanco y camisa azul, de manga corta, con bolsillo en el lado izquierdo. Calzaba mocasines negros.

Nicole sonrió suavemente.

—Buenas tardes.

—Hola —respondió el tipo, que ya la estaba observando de pies a cabeza.

—Es usted Michel Dablon, ¿verdad?

— ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Me llamo Nicole Bouquet. Soy modelo profesional.

—No he oído hablar de ti.

—No me extraña. Hace poco que poso y mi nombre todavía no suena.

—Ya.

—Yo sí he oído hablar de usted. Michel.

— ¿De veras?

—Se ha hecho famoso en poco tiempo. Y su fama es merecida, no hay duda, porque sus cuadros son magníficos. El pintor sonrió.

— ¿Has visto muchos Nicole?

—Bastantes.

—Y te gustan, ¿eh?

—Me encantan. Es usted un gran pintor. Michel.

—Muchas gracias.

—No crea que lo digo para que me tome como modelo, ¿eh?

— ¿No has venido a eso?

—No, he venido a que me conozca. Y a que me haga unas pruebas, si quiere. Después, y si mi físico le satisface, será el momento de hablar de lo otro.

— ¿Te gustaría posar para mí, Nicole?

—Desde luego.

—Quizá te lo proponga.

— ¿De veras?

—Pasa, Nicole —rogó el pintor, haciéndose a un lado.

—Gracias.

La modelo entró en la casa y Michel Dablon cerró la puerta. Después, la cogió del brazo y dijo:

—Pasemos a mi estudio.

— ¿Estaba usted trabajando, Michel?

—No.

—Entonces, no he sido inoportuna.

—Por supuesto que no. Y tampoco lo hubieras sido, aunque me hubieses pillado pintando.

—Muy amable.

Alcanzaron el estudio y entraron en él.

Era amplio, con un ventanal enorme, por el que penetraba la luz a raudales, llenando el estudio de luminosidad.

—Tiene un estudio magnífico, Michel —dijo Nicole.

— ¿Te gusta?

—Muchísimo.

—Cuando vivía en la ciudad, tenía un estudio mucho más pequeño. Y sin tanta luz.

—Ya lo supongo.

—Aquí pinto muy a gusto.

—Estoy segura.

—Bien. ¿Vamos con las pruebas, Nicole?

—Cuando guste.

—Empecemos, pues.

—Me quito la ropa, ¿verdad?

—Sí, claro. Tengo que verte desnuda, para poder juzgar.

—Vamos allá.

Nicole se despojó de la faldita amarilla y la dejó sobre una silla. Michel le miró las extremidades inferiores, largas y esbeltas.

—De piernas estás muy bien, Nicole.

—Eso dicen —sonrió la modelo, que ya se estaba desabrochando la blusa.

Cuando la abrió, sus pechos quedaron visibles, porque Nicole no llevaba sujetador. Y era lógico que no lo llevase, ya que sus hermosos senos poseían la firmeza suficiente para mantenerse erguidos y desafiantes por si solos, sin ayuda de nada ni de nadie.

La modelo se quitó la fina blusa y la dejó también sobre la silla.

Michel, naturalmente, había posado su mirada en el precioso busto de Nicole.

—También me gustan tus senos. Son perfectos. Ni demasiado grandes ni demasiado pequeños. Y se mantienen levantados. Posees un busto maravilloso, Nicole.

—Gracias.

—Y lo mismo opino de tus caderas.

— ¿También te gustan?

—Su redondez es perfecta.

—Bueno, más vale así.

Nicole estaba en pantaloncitos. Eran blancos.

De nilón transparente. Muy reducidos.

La modelo se llevó los pulgares a las caderas, para tirar del elástico del pantaloncito hacia abajo.

—Me quito esto también, ¿verdad?

—Si no te importa... —carraspeó Michel.

—Claro que no. Desnudarse delante de un pintor, es como desnudarse delante de un médico.

—Exacto.

Nicole se despojó de las sucintas braguitas y quedó completamente desnuda. Michel, después de posar sus ojos un instante en el cuidado triángulo íntimo de la modelo, rogó:

—Date la vuelta, Nicole.

La joven obedeció y el pintor pudo comprobar que también su trasero era perfecto, digno de ser plasmado en los lienzos, como todo lo demás.

Nicole lo miró por encima de su hombro izquierdo.

— ¿Alguna objeción, Michel?

—Ninguna.

— ¿Le complace mi físico, entonces?

—Mucho. Posees un cuerpo sensacional, Nicole. Ya estoy deseando pintarte.

—Qué alegría me da.

— ¿Posarás para mí, Nicole?

—Claro.

— ¿Cuándo?

—Estoy libre, así que puedo empezar cuando usted quiera.

—Ahora mismo.

La modelo respingó.

— ¿Ahora?

—Sí, échate en el canapé. Voy a empezar a pintarte.

— ¿Sin haber hablado de la cuestión económica...?

—No hubiera sido ningún problema, te lo aseguro. Pero, para que te sientas más tranquila, te diré que pienso pagarte a cien francos la hora. ¿Te parece bien...?

Nicole sonrió con amplitud.

Desde luego. Para no ser una modelo cotizada, estaré muy bien pagada.

—Al canapé, pues.

—A la orden.

Nicole se echó en el canapé, más contenta que un niño con una caja de bombones. Michel ya estaba colocando un lienzo nuevo en el caballete.

Cuando lo tuvo todo dispuesto, miró a la modelo y dijo:

—Tienes que modificar un poco tu postura, Nicole.

— ¿Cómo quiere que me ponga?

—Adelantaremos más si te coloco yo —respondió el pintor, y fue hacia el canapé.

CAPITULO III

El alacrán, al absorber toda la droga que contenía el frasco derribado por él con sus pinzas, se había convertido en un animal monstruoso.

Su cuerpo se había multiplicado de tal manera, que ahora media más de tres metros de longitud. Sus pinzas eran enormes, terroríficas, escalofriantes.

Y su corvo aguijón, algo temible, porque ahora podía soltar un gran chorro de veneno, que causaría la muerte en pocos segundos a la persona que tuviese la desgracia de ser atrapada y picada por el gigantesco alacrán.

Y esa persona iba a ser el profesor Fresson.

El científico no tenía escapatoria posible, porque el alucinante escorpión estaba ya prácticamente encima de él. Además, el profesor Fresson se había quedado paralizado a causa del terror.

No podía moverse. Ni gritar.

Ni siquiera razonar.

Y es que le parecía imposible que en su laboratorio hubiese un alacrán tan colosal, aunque hubiese ingerido toda la sustancia amarillenta que contenía el frasco.

El profesor Fresson pensaba que su droga podía aumentar dos o tres veces el tamaño de un alacrán, pero jamás se le pasó por la cabeza que su droga pudiera convertir en una bestia monstruosa al arácnido que la recibiera en su organismo.

¿No sería una pesadilla?

¿No lo estaría soñando todo?

Era tal su obsesión por conseguir el desarrollo de los alacranes, que el científico empezó a pensar que, si no estaba sufriendo una horrible pesadilla, estaba sufriendo una alucinación.

Por desgracia para él, no era una pesadilla ni una alucinación. El monstruoso alacrán era real,

Y el profesor Fresson se convenció cuando se vio atrapado por las colosales pinzas del arácnido, que lo levantaron del suelo como si fuera una marioneta.

¡El alacrán había adquirido una fuerza enorme!

¡La droga le había proporcionado una energía increíble!

¡Lo había convertido en una bestia temible, fiera, asesina!

El profesor Fresson, al verse en el aire, atenazado por las terroríficas pinzas del escorpión, cuyo aguijón buscaba ya su cuerpo, recuperó el habla y lanzó un chillido desgarrador.

Se daba perfecta cuenta de que iba a morir. Nada ni nadie podía salvarle.

En cuanto el aguijón del alacrán se clavase en su cuerpo...

Y se clavó.

Fue un picotazo terrible. Profundo.

Doloroso.

El profesor Fresson volvió a chillar de forma desgarradora. El chorro de veneno estaba invadiendo ya su organismo.

El corvo aguijón del alacrán se había clavado en su abdomen.

En sólo unos segundos, el científico sería cadáver. No volvería a realizar más experimentos.

Ni a conseguir más descubrimientos.

El mundo entero, y Francia en particular, iba a perder a uno de los más importantes hombres de ciencia.

* * *

Charlotte, la rolliza sirvienta, se encontraba en la cocina, preparando la cena. De pronto, creyó oír un grito.

Se quedó quieta.

—Profesor... —murmuró.

Alarmada, la mujer salió de la cocina y fue hacia el laboratorio del profesor Fresson. Por el camino, oyó otro grito.

Esta vez, mucho más claro.

Charlotte se estremeció de pies a cabeza, porque el grito no podía ser más terrible, más angustioso, más desesperado.

— ¡Profesor Fresson! —chilló la sirvienta, y corrió todo lo de prisa que pudo. Alcanzó el laboratorio y entró en él.

No había oído más gritos.

Y es que Albert Fresson ya no podía lanzarlos

El veneno del alacrán había acabado con su vida en unos pocos segundos. Y. en cierto modo, había sido una suerte para él que el veneno del escorpión le causase una muerte tan rápida, porque después del terrible aguijonazo, el animal empezó a devorarlo de una manera feroz, como si llevara varios días sin comer.

El profesor Fresson tenía pocas carnes, pero eso no parecía importarle al gigantesco bicho. De todos modos, disfrutaría mucho más si lograba atrapar a la carnosa sirvienta con sus poderosas pinzas y comenzar a devorarla también.

Y no le sería difícil conseguirlo, ya que Charlotte se había quedado clavada como un poste en la entrada del laboratorio, presenciando con ojos desencajados lo que allí estaba sucediendo.

Su horror no tenía límites. Su terror, tampoco.

Sin embargo, allí estaba, quieta, sin dar grito alguno.

Y el caso es que quería chillar, pero no podía. Movía la boca una y otra vez, pero no le salía la voz. El espanto la había dejado muda por completo.

De repente, el aterrador alacrán la descubrió y avanzó con rapidez hacia ella, todavía con los restos de su primera víctima aprisionados entre sus pinzas.

Pero los dejó caer en seguida.

Quería tener las pinzas libres, para poder atrapar a la gruesa sirvienta. Pensaba darse el banquetazo padre con ella.

Charlotte dilató aún más los ojos al ver que el monstruoso escorpión venía directo hacia ella, moviendo sus gigantescas pinzas y preparando su mortífero aguijón.

Las piernas le temblaban, las rodillas le flaqueaban, iba a desplomarse de un instante a otro. Sentía un frío intenso por todo el cuerpo, a pesar de que la temperatura era más bien alta. Faltaban sólo unos segundos para que se desvaneciera de terror.

Y para que el colosal alacrán la alcanzara y la atenazara con sus pinzas, con lo que quedaría totalmente a su merced.

De pronto, Charlotte dio un chillido ensordecedor.

¡Había recuperado el habla de golpe!

¡Ya podía gritar!

¿Podría, también, correr...?

Charlotte se dio la vuelta y lo intentó.

¡Lo consiguió!

¡Las piernas, tan temblorosas y tan débiles, le respondieron!

¡Estaba corriendo!

Había salido del laboratorio, pero no había cerrado la puerta. Un error.

Si la hubiera cerrado, el monstruoso alacrán no habría podido salir del laboratorio. El animal hubiera tenido que derribar la puerta, y eso, lógicamente, le habría hecho perder algún tiempo.

El que la sirvienta necesitaba para escapar.

Y no lo iba a tener, porque el alacrán salió también del laboratorio y se lanzó tras ella, moviendo sus patas con una rapidez que ponía los pelos de punta.

Bueno, Charlotte ya los tenía todos así, de punta. Se le habían puesto desde el primer momento.

La sirvienta, sin dejar de correr alocadamente, volvió un instante la cabeza, para ver si el terrorífico escorpión la perseguía.

Y vio al animal.

Tan cerca, que casi le rozaba el voluminoso trasero con sus diabólicas pinzas. Charlotte chilló de nuevo como una loca.

Y es que ya parecía sentir en sus amplias nalgas la dolorosa presión de las pinzas del alacrán.

La sirvienta corrió aún más de prisa.

Ni de joven, cuando todavía no lo sobraba kilo alguno, había corrido de aquella manera. Parecía un atleta tratando de batir el récord de los 100 metros lisos en unas Olimpiadas.

Lo malo es que el alacrán parecía Jesse Owens.

¡Corría que se las pelaba, el tío!

Y es que no quería que la sirvienta se le escapara. Estaba demasiado llenita.

Y demasiado apetitosa.

¡No pensaba dejar de ella ni el delantal!

Su pinza derecha se cerró sobre el trasero de Charlotte, pero sólo pudo darle un pellizco.

La sirvienta chilló otra vez, de pánico y de dolor, porque la pinza del alacrán le había rasgado las ropas y causado una herida en su nalga

derecha.

Charlotte siguió corriendo como si tratara de conseguir la medalla de oro.

La otra pinza del alacrán entró en acción, pellizcando la nalga izquierda de la sirvienta y causándole otra herida, que sangró inmediatamente.

Charlotte chilló con desesperación.

Había alcanzado ya el vestíbulo y corría hacia la puerta. Le pareció más largo que nunca.

Charlotte consiguió alcanzar la puerta, pero no le dio tiempo a abrirla, porque las pinzas del enorme alacrán hicieron férrea y dolorosa presa en su cuerpo, arrancándola literalmente de la puerta y levantándola del suelo como si sólo pesara unos pocos kilos.

¡Y pesaba más de setenta!

Charlotte chilló como una posesa, pero sólo hasta que el corvo aguijón del alacrán se clavó en su pecho y le soltó el chorro de veneno, porque escasos segundos después fallecía y terminaba su sufrimiento y su horror.

Luego, el animal empezó a devorar su cuerpo con muchas ganas.

CAPITULO IV

Nicole Bouquet se puso un poco nerviosa al ver venir hacia ella a Michel Dablon, pero no dijo nada. Era una modelo profesional y debía permitir que el pintor la colocara en la postura que él estimara más idónea.

Michel alcanzó el canapé y cogió por los hombros a la modelo, con delicadeza.

—Levanta un poco más el pecho, Nicole.

— ¿Cuál de los dos? El pintor rió.

—Déjate de bromas.

—No he pretendido hacer un chiste, se lo aseguro —dijo la joven, cuyo nerviosismo iba en aumento.

—Ladea ligeramente la cabeza. Hacia la izquierda.

—Soy de derechas. Michel volvió a reír.

— ¡Otro chiste!

—Este ha sido intencionado —sonrió Nicole.

—Eres una chica muy simpática, ¿no lo sabías? —Tengo sentido del humor, eso es todo.

—Y el trasero demasiado levantado —dijo el pintor, dándole una palmadita en la grupa. Nicole respingó sobre el canapé.

— ¡Michel...! —exclamó, enrojeciendo.

— ¿Qué pasa?

— ¿Cómo se ha atrevido a...?

— ¿A qué?

— ¡Me ha dado una palmada en el trasero!

—Para que lo bajes un poco, guapa.

— ¿Y no podía indicármelo de otra manera?

—Oye, pareces algo nerviosa... —observó el pintor—. ¿A qué se debe?

—No estoy nerviosa —mintió Nicole—. Sólo estoy molesta.

— ¿Es la primera vez que te dan un cachete en el culete?

—Sí.

—Entiendo.

—No debió hacerlo, Michel.

—Está bien, te pido disculpas. Pero conste que no lo hice con mala intención, ¿eh? — Aseguró el pintor—. Es una costumbre.

— ¿Quiere decir que palmea los traseros de todas sus modelos?

—Bueno, sólo cuando debo corregir la posición de los mismos —carraspeó Michel.

— ¿Y no se enfadan?

—Lo hago de una forma cariñosa y ellas lo saben. Por ello, no sólo no se molestan, sino que les divierte.

—Qué cosas.

—Cuando me conozcas mejor, tampoco tú te molestarás. No soy de los que tratan de aprovecharse de sus modelos, Nicole.

La joven se mordió los labios.

—Yo no he dicho eso. Michel.

—Pero lo has pensado, confiésalo.

—No, de verdad. Me sorprendió lo del cachete en el culete, eso es todo. No sabía que tenía costumbre de...

—No volverá a suceder, descuida.

—Bueno, si lo hace con todas...

—Contigo no lo haré más, puedes estar tranquila.

—Por favor, no se enfade.

—No estoy enfadado.

—Sí, lo noto.

—Será mejor que empecemos a trabajar —dijo el pintor, e hizo ademán de alejarse, pero Nicole lo cogió del brazo.

—Espere, Michel.

— ¿Qué quieres?

—No me ha colocado en la postura que quería.

—No importa. Estás bien así.

—Por favor, Michel.

—No quiero tocarte, Nicole. Volverías a pensar que...

—Se equivoca. Esta vez no pensaré nada. Sólo que soy una modelo profesional, que usted es un pintor, y que debe corregir mi postura hasta dejarme como desea pintarme.

— ¿Seguro que no te enfadarás?

—Se lo prometo.

— ¿Ni aunque te dé otro cachete en...?

—Le autorizo a que me dé todos los que considere necesarios. El pintor sonrió.

—De acuerdo, corregiré tu postura.

—Adelante.

Michel la colocó en la posición adecuada.

Fue necesario que le tocara las caderas, los muslos, y hasta el pecho, pero Nicole no puso ninguna objeción, pues ahora estaba segura de que el pintor no lo hacía para aprovecharse de ella.

Deliberadamente, la modelo levantó un poco la grupa, para ver si Michel le daba otra palmada.

Y, efectivamente, se la dio.

—No levantes el trasero, Nicole. La muchacha rió.

—Lo he hecho sin darme cuenta.

—Pues te has ganado otro cachete.

—Pero, esta vez, no me he enfadado.

—Eso es que ya me vas conociendo mejor.

—Así es.

Michel se hizo un poco atrás, observó a la modelo, y dijo:

—Esa es la postura, Nicole. No te muevas, quédate así.

—De acuerdo.

El pintor regresó junto a su caballete, cogió la paleta y los pinceles, y empezó a trabajar.

* * *

El sol se había ocultado ya en el horizonte y la luz empezaba a escasear en el estudio de Michel Dablon, por lo que el pintor decidió

interrumpir su trabajo.

—Mañana continuaremos, Nicole.

—Bien —respondió la modelo, alegrándose, porque había permanecido quieta un par de horas y estaba cansada.

Irguió el torso, bajó las piernas del canapé, y quedó sentada en él. Se llevó la mano a la nuca, al tiempo que componía una mueca. Michel se le acercó.

— ¿Cansada, Nicole?

—Un poco.

—Te duele la nuca, ¿verdad?

—Sí.

—Y la espalda también, seguro.

—Sí.

—Puedo darte unos masajes, si me lo permites. — ¿Me aliviarán?

—Mucho.

—Adelante, pues.

—Vamos allá.

Michel se sentó en el canapé y se ocupó primeramente de la nuca de la modelo, masajeándola con habilidad. Nicole cerró los ojos y emitió un leve gemido. —Qué alivio… —musitó, a continuación.

El pintor sonrió.

—Soy un gran masajista, Nicole.

—No seré yo quien lo discuta.

—Si te echas boca abajo, podré masajearte mejor la espalda.

—De acuerdo.

Nicole se tendió boca abajo en el canapé y Michel se ocupó de su espalda. La modelo volvió a cerrar los ojos suavemente y dejó escapar otro gemido de placer.

— ¿Va bien Nicole? —preguntó Michel.

—Fenomenal.

—Desaparecerá por completo el dolor, ya lo verás.

—Tendré que pagarle los masajes, ¿no? —bromeó Nicole.

—Los hago gratis.

— ¿A todas las modelos?

—Sí.

—Entonces, es una suerte posar para usted, Michel.

—Eso dicen mis modelos.

—Antes me comporté como una tonta.

—No hablemos de ello. En realidad, fue un inciden te sin importancia.

—Es verdad. Pero yo le di demasiada e hice el ridículo.

—Bueno, tanto como el ridículo...

—Tenía que haberme reído, en vez de enfadarme, porque la verdad es que lo del cachete en el culete tuvo gracia. La frase, en sí, ya la tiene.

—La segunda vez, te reíste.

—Gracias por haber sabido disculpar mi estúpido enfado. Michel.

—Fue sólo falta de experiencia.

—Es verdad, tengo muy poca —reconoció Nicole.

—Conmigo la adquirirás.

—Estoy segura —sonrió la modelo.

Michel siguió masajeándole la espalda y el cuello.

Nicole tenía los ojos cerrados, pero los abrió un instante, sin saber exactamente por qué, y los clavó en el amplio ventanal.

Al instante, todo su cuerpo se estremeció como si acabara de ser azotada por una ráfaga de aire polar. Sus ojos se desencajaron, expresando un terror infinito, su boca se abrió, y su garganta emitió un grito tan potente y tan agudo, que casi deja sordo al pintor.

CAPITULO V

Michel Dablon se quedó absolutamente perplejo, porque él se hallaba de espaldas al ventanal y no había visto nada, así que no sabía a qué se debía el grito ensordecedor de Nicole Bouquet.

— ¿Qué te pasa, Nicole...?

La modelo extendió el brazo.

— ¡El ventanal!

El pintor se volvió hacia él, pero no vio nada raro.

— ¿Qué le ocurre al ventanal?

— ¡Hay un animal afuera!

— ¿Un animal...?

— ¡Gigantesco! ¡Monstruoso! ¡Terrorífico!

— ¿Qué dices?

— ¡Lo he visto pasar, Michel! El pintor se levantó.

—Echaré una mirada.

La modelo lo agarró del brazo.

— ¡No, Michel!

—Tengo que ver de qué animal se trata. Nicole.

— ¡Lo atacará! ¡Y lo devorará!

—No exageres.

— ¡Era una bestia escalofriante, se lo aseguro!

—Quédate aquí, Nicole.

— ¡Por favor, Michel!

El pintor se libró de ella con energía, aunque sin brusquedad, y se acercó al ventanal. Escrutó los alrededores de la casa, pero no vio nada de particular.

—No veo animal alguno, Nicole.

— ¡Pues yo sí lo vi!

— ¿Cómo era?

— ¡Monstruoso!

—Eso ya lo dijiste antes. Lo que quiero es que me lo describas. ¿Qué aspecto tenia, Nicole?

— ¡Parecía un cangrejo de río!

— ¡De río y no paro! —exclamó el pintor, y se echó a reír. Nicole se enfureció.

— ¡Es la verdad, Michel! ¡Tenía un par de pinzas enormes, el cuerpo alargado, patas, cola! ¡Y medía más de tres metros!

— ¿Sabes lo que valdría un cangrejo de río de ese tamaño...?

— ¡No he dicho que fuera un cangrejo de río! ¡Sólo que lo parecía!

—Sin duda fue una alucinación.

— ¿Alucinación...?

—Sí, un falso efecto óptico. Algo que se cree ver, pero que no existe. Suele suceder cuando uno está cansado. Y tú lo estás, Nicole. Has posado dos horas seguidas, y como no estás acostumbrada...

— ¡El bicho era real, Michel!

—Nicole, me di cuenta de que cerrabas los ojos mientras te daba los masajes, estabas relajada, y hasta creo que tenías un poco de sueño, por lo que...

— ¿Insinúa que me quedé dormida y lo soñé?

—Es muy posible, Nicole.

— ¡Y un cuerno!

—Nicole...

— ¡Estaba tan despierta como usted, Michel! ¡Cerré los ojos porque quise, no porque tuviera sueño!

El pintor levantó las manos.

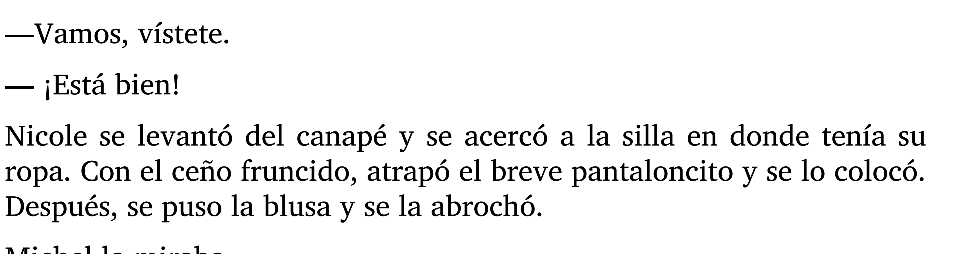
—Está bien, cálmate. Si insistes en que viste pasar un animal por delante del ventanal, te creeré. Pero, por favor, no me digas que parecía un cangrejo de río y que medía más de tres metros, porque eso no lo creería ni un niño de cuatro años.

— ¡Es la verdad, Michel! ¡El bicho tenía ese aspecto y ese tamaño! El pintor lanzó un suspiro de resignación.

—Será mejor que te vistas, Nicole. Y cuando lo hayas hecho, tomaremos tranquilamente una copa y nos olvidaremos de ese monstruoso animal. ¿De acuerdo...?

— ¡Yo no podré olvidarlo, aunque me emborrache! Michel soltó una

risita.



—Vamos, vístete.

— ¡Está bien!

Nicole se levantó del canapé y se acercó a la silla en donde tenía su ropa. Con el ceño fruncido, atrapó el breve pantaloncito y se lo colocó. Después, se puso la blusa y se la abrochó.

Michel la miraba.

La modelo, en cambio, miraba el amplio ventanal.

Ya casi era de noche, pero todavía se veía el exterior.

Nicole cogió su faldita, pero no llegó a ponérsela, porque volvió a ver al monstruoso animal, cruzando con rapidez por delante del ventanal.

La falda le cayó de las manos, sus ojos se dilataron de nuevo, volvió a sentir un frío intenso por todo el cuerpo, y su garganta soltó otro chillido ensordecedor.

* * *

Michel Dablon se giró al ver que Nicole Bouquet se hallaba nuevamente dominada por el terror, pero, al igual que la vez anterior, no vio nada cuando posó sus ojos en el ventanal del estudio.

— ¡Maldita sea! —barbotó.

— ¡Ha vuelto a pasar, Michel! —Gritó la modelo—. ¡El animal ha vuelto a pasar!

El pintor se plantó delante del ventanal de un par de saltos y escrutó los alrededores, envueltos ya por las sombras de la noche, pero siguió sin ver nada.

— ¿Lo ha visto esta vez, Michel...? —preguntó Nicole que temblaba como un flan.

— ¡No!

— ¡Tiene aguijón!

— ¿Qué?

— ¡Que el animal tiene un terrorífico aguijón en la cola!

— ¿Un cangrejo de río con aguijón...? —se burló el pintor.

— ¡No es un cangrejo de río, Michel! ¡Es un alacrán!

— ¿Qué...?

— ¡Un gigantesco escorpión! ¡Esta vez me fijé mejor y es eso, Michel! El pintor dio un manotazo al aire.

— ¡No hay alacranes de ese tamaño, Nicole!

— ¡Lo sé, pero...!

— ¡No puede ser un escorpión!

— ¡Lo era, se lo juro!

Michel apretó las mandíbulas.

— ¿Qué es lo que pretendes, Nicole? ¿Tomarme el pelo o volverme loco?

— ¡Ninguna de las dos cosas! ¡Tiene que creerme, Michel!

— ¿Creer que has visto un alacrán de más de tres metros...?

— ¡Palmo arriba, palmo abajo!

— ¡Al carajo!

— ¿Cómo dice?

— ¡Es un taco! ¡Y lo he soltado porque estoy hasta las narices! Nicole apretó los labios.

— ¡Está bien, no me crea! ¡Piense que me lo he inventado! ¡O que sufro alucinaciones!

¡Piense lo que quiera, pero no se le ocurra salir de esta casa, porque ese bicho monstruoso lo hará pedazos en menos que canta un gallo!

— ¿De veras?

— ¡No lo dude!

— ¡Veremos! —rugió el pintor, y abrió el ventanal, para saltar al exterior.

CAPITULO VI

Nicole Bouquet dio un fuerte respingo.

— ¡Deténgase, Michel! —gritó.

El pintor no hizo caso y pasó una pierna por la abierta ventana.

— ¡No sea loco! —Insistió la modelo—. ¡El monstruoso alacrán lo destrozará! Michel Dablon la miró un instante.

— ¡Sé que no hay ningún alacrán, pero si llegara a encontrar uno, lo aplastaría de una patada y te lo traería! ¡Y después te daría un metro, para que midieses su cuerpo!

— ¡Es usted un suicida, Michel!

— ¡Y tú una exagerada, Nicole! —replicó el pintor, que ya había pasado la otra pierna por el ventanal.

Saltó al exterior.

Nicole se lo imaginó ya aprisionado entre las colosales pinzas del gigantesco alacrán.

— ¡Michel...! —gritó.

El pintor echó a andar y desapareció. Nicole enmudeció.

Incluso contuvo la respiración.

Temía oír de un momento a otro los gritos desesperados de Michel.

Las piernas, desnudas todavía —su faldita seguía tirada en el suelo—, le temblaban, lo mismo que las manos y los labios, faltos de color desde que viera por primera vez el alucinante alacrán.

Sin embargo, los segundos iban pasando y el pintor no gritaba.

Y es que no había tenido motivos para hacerlo, porque aún no había visto al estremecedor escorpión.

El estudio de Michel se hallaba ubicado en la parte de atrás de la casa, pero el pintor estaba a punto de alcanzar ya la parte delantera.

Había avanzado por el lateral derecho de la misma, sin demasiadas precauciones, pues seguía sin creer que Nicole hubiese visto, por dos veces, un alacrán de más de tres metros.

Ni un alacrán... ni ningún otro animal de ese tamaño.

—Ni que estuviéramos en la selva amazónica —rezongó, ceñudo, justo cuando alcanzaba la parte delantera de la casa.

De pronto, se quedó clavado.

No. no había visto al terrorífico alacrán. Estaba mirando el «Mini» de Nicole.

¡El coche estaba volcado!

¡Yacía ruedas arriba!

Bueno, lo de ruedas arriba era un decir, porque... ¡no tenía ruedas!

¡Se las habían arrancado!

¡Las cuatro yacían esparcidas en el suelo!

— ¿Quién diablos...? —exclamó quedamente Michel, sin moverse.

No podía creer lo que estaba viendo.

El coche volcado, las ruedas arrancadas...

¿Quién lo había hecho?

¿O... qué?

Michel, naturalmente, pensó en el gigantesco animal que Nicole aseguraba haber visto por dos veces.

¿Existiría realmente...?

¿Habría sido cosa suya...?

Si lo había hecho él, forzosamente tenía que ser un bicho enorme. Poderoso.

Temible.

Michel, muy sensatamente, se dijo que lo mejor era entrar de nuevo en la casa. Era peligroso seguir fuera, sin arma alguna con la que defenderse del posible ataque del alacrán gigante... o de lo que fuera porque el pintor seguía negándose a admitir que el animal visto por Nicole fuera un escorpión superdesarrollado.

Muy pronto, sin embargo, tuvo que admitirlo. Y sin reservas.

Sí, porque lo estaba viendo con sus propios ojos.

¡El monstruoso alacrán había surgido por el lado opuesto de la casa!

¡Y ya corría hacia el pintor!

* * *

Michel Dablon sintió que la sangre se le helaba en las venas. Ahora

comprendía la expresión de terror de Nicole Bouquet. Su palidez.

Sus temblores.

Había para eso y para más.

— ¡Dios! —exclamó.

Un segundo después, echaba a correr como un loco.

No podía aplastar al alacrán de una patada, como le dijera a Nicole. Y mucho menos llevárselo para que lo midiera con un metro.

Ya no hacía falta.

Michel había medido al bicho mentalmente y tenía que darle la razón a la modelo, porque los tres metros los rebasaba largamente.

Y tenía que darle la razón a Nicole en más cosas, pues era cierto que el monstruoso alacrán lo haría pedazos en menos que cantaba un gallo, si lograba atraparlo con sus enormes pinzas.

Era lo que el animalote pretendía, eso estaba claro. Por eso le perseguía.

¡Y con qué rapidez!

Antes de doblar la esquina de la parte trasera de la casa. Michel se volvió un instante y pudo comprobar que el alacrán estaba a sólo unos metros de él.

— ¡Rayos! —exclamó el pintor, y se lanzó como una flecha hacia el ventanal de su estudio.

Seguía abierto, claro.

Menos mal, porque si Nicole llega a cerrarlo, para sentirse más segura.... Michel alcanzó el ventanal y lo saltó con envidiable agilidad.

La modelo, que lo estaba esperando con el corazón en un puño, respingó con fuerza al verlo regresar con tanta prisa.

— ¡Michel! —exclamó.

— ¡Ahí viene, Nicole! —gritó el pintor, que ya estaba cerrando el ventanal.

— ¿El alacrán...?

— ¡Con sus pinzas por delante!

— ¡Dios mío! —tembló la modelo.

Michel se retiró velozmente del ventanal y se reunió con Nicole, a la que rodeó con sus brazos.

— ¡Confiemos en que pase de largo, como las otras dos veces! —dijo.

— ¡Ojalá! —deseó la modelo. Pero no.

Si el alacrán pasó de largo en las dos ocasiones anteriores, fue porque no vio a Michel y Nicole.

Esta vez, era distinto.

Había visto cómo el pintor se introducía en la casa por el ventanal, y él quiso hacer lo mismo.

Nicole chilló al ver al enorme alacrán, pugnando por penetrar en el estudio.

— ¡Michel...!

El pintor la abrazó con más fuerza, pero no dijo nada. Temía que el gigantesco escorpión forzase la ventana. O rompiese los cristales.

Hizo lo segundo.

Con sus gruesas y duras pinzas. Nicole chilló de nuevo, aterrorizada.

Michel la llevó hacia la puerta, con rapidez.

— ¡Huyamos, Nicole! Salieron los dos del estudio.

El alacrán todavía no había penetrado en él, pero estaba a punto de hacerlo. Michel cerró la puerta del estudio.

— ¡Salgamos de la casa, rápido! —dijo, cogiendo de la mano a la modelo. Tiró de ella.

Nicole seguía descalza. Y con las piernas al aire.

Pero ni lo uno ni lo otro importaba. Lo importante, era ponerse a salvo. Escapar del monstruoso alacrán.

Alcanzaron la puerta en sólo unos segundos, salieron de la casa, y Nicole pudo ver su

«Mini» volcado, sin ruedas.

— ¡Michel...! —exclamó, con ojos agrandados. — ¡Lo hizo el alacrán!

— ¡Qué horror!

— ¡Al garaje, rápido! ¡Tengo mi coche en él! Corrieron hacia el garaje. Michel lo abrió y entraron los dos en él.

El coche del pintor, era un «Ford-Escort» modelo RS-2000.

— ¡Adentro, de prisa! —exclamó Michel.

Se introdujeron rápidamente en el vehículo.

Michel puso el motor en marcha y sacó el coche del garaje.

Justo en ese momento, el alacrán derribaba la puerta de la casa y salía de ésta. Nicole dio un chillido de terror.

El animalito, al ver el coche del pintor, se lanzó hacia él, dispuesto a atraparlo con sus poderosas pinzas y volcarlo, como antes hiciera con el «Mini» de la modelo.

— ¡Viene por nosotros, Michel…! —gritó Nicole, con ojos espantados.

— ¡Tranquila, no nos atrapará! —aseguró el pintor, al tiempo que realizaba un brusco viraje.

Después, pisó el acelerador y el «Ford-Escort» se disparó, dejando con un palmo de narices al gigantesco alacrán, que no podía correr tan rápido como el magnífico coche de Michel.

Ni muchísimo menos.

CAPITULO VII

A unos mil metros de la casa de Michel Dablon, había una cabina telefónica. El pintor detuvo su coche frente a ella y volvió la cabeza, para ver si el alacrán gigante les perseguía.

No vio al gigantesco escorpión.

Nicole Bouquet, pálida y temblorosa todavía, miró también hacia atrás.

— ¿Por qué nos hemos detenido, Michel?

—Voy a llamar por teléfono.

— ¿A quién?

—A la policía.

— ¿Y si aparece el monstruoso alacrán mientras estamos en la cabina...?

—Quedó muy atrás.

—Pero corre muy rápido.

—No nos alcanzará, estoy seguro.

—Se ha convencido de que es un alacrán, ¿verdad?

—Sí, no hay duda.

—Y de que es tan enorme como yo decía.

—Efectivamente.

—Ha tenido que verlo para creerme.

Michel le cogió la mano y se la apretó cálidamente.

—Perdóname. Nicole. Decías la verdad y me burlé de ti. Y por no creerte, casi pierdo la vida, porque el alacrán estuvo a punto de alcanzarme.

—Lo hubiera hecho pedazos, Michel.

—Seguro.

—Menos mal que no sucedió.

—Me libré por un pelo —dijo el pintor, y besó en los labios a la modelo. Ella se quedó mirándolo, sorprendida.

—Me ha besado... —murmuró.

—Sí.

— ¿Por qué?

—Para celebrar el que hayamos podido escapar de ese temible alacrán.

—Ya.

—Salgamos del coche. Nicole. Hay que avisar a la policía.

—Sí.

Descendieron del «Ford Escort».

Antes de meterse en la cabina telefónica, echaron otra mirada, pero no vieron al alacrán gigante. Nicole fue la primera en entrar en la cabina.

Michel la imitó y cerró la puerta.

Tenía ya el teléfono en la mano, cuando la modelo dijo:

—No me dio tiempo a ponerme la falda.

—Lo sé —sonrió el pintor.

—Ni los zapatos.

— ¿Qué chica pensaría en faldas y zapatos, en unas circunstancias como las tuyas? ¡Lo raro es que no te desmayaras, cuando viste a ese terrorífico alacrán! —Tiene razón.

El pintor volvió a besarla en los labios. Nicole lo miró.

— ¿Qué estamos celebrando ahora?

—El que no te desmayaras.

—Como siga así, dentro de un momento estaremos celebrando también el que no me diera tiempo a ponerme la falda y los zapatos.

Michel rió y la rodeó con su brazo izquierdo.

—Eres una chica estupenda, Nicole.

— ¿Me abraza por eso?

—No, por falta de espacio. La cabina es estrecha y nos obliga a pegarnos el uno al otro.

—Ya.

— ¿Celebramos lo de la falda y los zapatos? —sugirió el pintor.

—Haga primero la llamada —respondió la modelo, con una sonrisa.

—De acuerdo.

Michel marcó el número de la policía.

A los pocos segundos, se oía una voz un tanto agria: — ¿Diga?

— ¿Policía? —preguntó el pintor.

— ¿A quién desea denunciar?

—A nadie.

— ¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Que vengan a mi casa inmediatamente.

— ¿Qué ocurre en su casa?

—Hay un alacrán.

— ¿Que hay qué...?

—Un alacrán. Y quiero que lo maten.

— ¿Nosotros?

—Sí.

¿Es que no puede matarlo usted de un escobazo...?

—No. es demasiado grande. Se comería la escoba y después se me comería a mí. El policía no pudo reprimir un taco.

— ¿Está usted de guasa, amigo?

—Le aseguro que no. Y prueba de ello es que le llamo desde una cabina telefónica, ubicada a casi un kilómetro de mi casa, de la que tuve que huir para no ser devorado por el gigantesco alacrán.

— ¿Gigantesco...?

—Eso he dicho.

— ¿Cuánto mide?

—Unos tres metros y medio.

—No le pregunto la altura de su casa, sino la longitud del alacrán.

—Muy gracioso —rezongó el pintor.

—En serio, amigo. ¿Qué mide el alacrán?

—Unos tres metros y medio, ya se lo he dicho.

El policía soltó otro taco.

— ¡Tómele el pelo a su padre, si es que lo conoce!

— ¡Oiga, sin insultar!

— ¡No existen alacranes de tres metros y medio! ¡Ni de dos! ¡Ni de uno! ¡Los más grandes ni siquiera llegan al palmo!

— ¡El que hay en mi casa mide más de tres metros, se lo juro!

— ¡Será de plástico!

— ¡Es de carne y hueso!

— ¡Ya sé lo que le pasa a usted, amigo!

— ¿De veras?

— ¡Ha bebido demasiado y ha pillado una trompa de campeonato!

— ¿Me está llamando borracho...? —se enfureció Michel.

— ¡Si no es un bromista, es eso! ¡Aunque también puede ser un loco!

— ¡El loco lo será usted!

— ¡Dígame dónde vive y le mandaré una camisa de fuerza!

— ¡Mándesela a su madre! —rugió el pintor, y colgó violentamente el auricular.

* * *

Nicole Bouquet, que no había pronunciado una sola palabra mientras Michel Dablon hablaba con el policía, preguntó:

— ¿Qué ha pasado?

— ¡No me han hecho ni puto caso! —barbotó el pintor, furioso.

—No lo han creído, ¿eh?

— ¡Me han llamado bromista, borracho, loco...! ¡De todo, vamos!

—Lo siento.

— ¡No hay derecho!

—Usted tampoco me creyó a mí, ¿recuerda?

—Es cierto, pero...

—Dijo que lo había soñado, que había sufrido alucinaciones, que quería tomarle el pelo, volverle loco...

El pintor se calló. La modelo añadió:

—No es fácil admitir que exista un alacrán de más de tres metros, Michel. Yo tampoco lo hubiera creído, de no haberlo visto con mis

propios ojos.

—Tienes razón —suspiró el pintor—. Lo malo es que no podemos cogerlo de la cola y llevarlo a la comisaria, para que la policía se convenza.

—Desde luego que no —sonrió Nicole.

—Será mejor que volvamos al coche.

— ¿Sin celebrar el olvido de la falda y los zapatos...? —recordó la modelo, con pícaro gesto.

—No, después de eso —sonrió también Michel, y la besó con ganas. Los labios de Nicole se mostraron tan activos como los de él.

De pronto, la mano del pintor descendió y aprisionó el firme trasero de la modelo, apenas velado por el tenue pantaloncito blanco.

Nicole no protestó, pero cuando separaron sus bocas, lo miró a los ojos y dijo:

—Con que no se aprovecha usted de sus modelos, ¿eh, Michel?

—Te aseguro que no.

— ¿Y cómo se llama lo que está haciendo ahora?

—Una celebración. La del olvido de la falda. Si la llevaras puesta, mi mano no estaría en tu precioso trasero.

—Pues menos mal que no olvidé el pantaloncito... Michel rió.

—Me gustaría seguir aquí contigo, Nicole, pero debemos volver al coche.

—Sí, estaremos más seguros. Especialmente, yo —respondió la modelo, sonriendo de forma significativa.

El pintor rió de nuevo y Nicole lo imitó.

Salieron de la cabina telefónica, se introdujeron en el «Ford-Escort» y Michel lo puso en movimiento.

Al ver que no se dirigían a París, Nicole preguntó:

— ¿Adónde vamos, Michel...?

—A la casa del profesor Fresson.

CAPITULO VIII



Nicole Bouquet no había oído hablar del eminente científico, así que preguntó:

— ¿Quién es el profesor Fresson...?

—Un vecino mío —respondió Michel Dablon. La modelo respingó en el asiento.

— ¿Vecino...?

—Sí, su casa no está lejos de la mía.

— ¡Michel!

— ¿Qué?

— ¡Es peligroso volver!

—Lo sé, pero tenemos que hacerlo. El alacrán gigante puede acercarse a la casa del profesor Fresson y dar le un disgusto. Es necesario avisarle.

— ¡El disgusto nos lo puede dar el alacrán a nosotros!

—Iremos con cuidado.

— ¡Y sin falda!

— ¿Cómo?

— ¡Que yo sigo sin la falda! ¡Y no puedo entrar así en la casa de ese profesor, en bragas y descalza!

Michel sonrió.

—No te preocupes, Nicole. El profesor Fresson ronda ya los cincuenta y no se pondrá nervioso porque te vea con las piernas al aire.

— ¿Hay alguien más en la casa?

—Charlotte, la sirvienta. Es una cuarentona gruesa y simpática.

—Me tomará por una fresca cuando me vea en bragas —rezongó la modelo.

—Cambiará de opinión en cuanto le contemos lo sucedido.

—Suponiendo que nos crea, lo cual dudo bastante.

—El profesor Fresson sí nos creerá —aseguró Michel—. Es un hombre de ciencia, que ha realizado numerosos experimentos e importantes descubrimientos en el campo de la biología y en el de la química. ¿De

verdad no has oído hablar de él...?

—No.

—Es un gran hombre, te lo aseguro. Y quizá tenga alguna explicación lógica para la existencia de ese gigantesco alacrán.

—Esperemos que no lo haya visitado ya —murmuró Nicole.

— ¿Quién?

—El alacrán.

Michel tuvo un ligero estremecimiento.

—No tardaremos en saberlo, porque estamos llegando ya —respondió. En efecto.

La casa del profesor Fresson podía verse ya. Grande.

Tranquila. Silenciosa...

Allí no parecía haber ocurrido nada. Pero había ocurrido mucho.

Si todo parecía en orden, es porque el alacrán gigante no había derribado la puerta de la casa, para salir de ésta, después de devorar a la pobre Charlotte.

Salió por una ventana que daba a la parte de atrás, y que encontró abierta, por lo que el animal no tuvo necesidad de destrozarla.

Michel Dablon detuvo su «Ford-Escort» frente a la casa del científico, silenciosamente, y paró el motor. Seguidamente, apagó las luces del coche.

— ¿Ves algo, Nicole? —preguntó.

—No —respondió la modelo.

—Yo tampoco.

—Que no veamos al alacrán, no quiere decir que esté lejos de aquí.

—Apuesto a que sigue en mi casa.

—Que continúe allí, pues.

—Lo que parece evidente, es que el alacrán no atacó la casa del profesor Fresson. Todo está en orden —observó el pintor.

—Es verdad.

—Salgamos, Nicole.

— ¿Por qué no me quedo yo en el coche?

— ¿Lo prefieres?

—No. pero lo de entrar en la casa del profesor Fres son en pantaloncito me sigue pareciendo una inmoralidad.

Michel sonrió y le acarició los muslos.

—Son las circunstancias, Nicole.

—Son mis piernas.

-¿Qué?

—Que me está tocando las piernas.

—Ventajas de no llevar falda.

—Visto de esa manera... El pintor rió.

— ¿Me acompañas o te quedas en el coche?

—Me quedo.

—Está bien. Si aparece el alacrán, haz sonar el claxon.

— ¡Le acompaño! —cambió de parecer la modelo, y fue la primera en salir del coche. Michel volvió a reír y salió también del «Ford-Escort».

Cogió de la mano a Nicole.

—Vamos, preciosa.

—Si la blusa no fuera tan corta... —rezongó la modelo, tirando de ella. Caminaron unos pasos y alcanzaron la puerta de la casa.

Michel pulsó el timbre.

Un minuto después, la puerta seguía cerrada.

—No abren —murmuró Nicole.

—No habrán oído el timbre. Llamaré de nuevo —dijo Michel, y volvió a pulsarlo. Pasó otro minuto.

—Qué raro, ¿no? —dijo Nicole.

—Sí, es muy extraño.

— ¿Será que no hay nadie en casa?

—El profesor Fresson no suele salir. Siempre tiene trabajo y se pasa los días enteros en su laboratorio.

— ¿Y la sirvienta...?

—Tampoco sale mucho. Lo indispensable, solamente.

—Entonces, es que es dura de oído. Michel probó a abrir la puerta.

Y lo consiguió, porque el cerrojo no estaba echado. Las luces del

vestíbulo no estaban encendidas, lo cual extrañó bastante al pintor.

—Está oscuro... —murmuró Nicole.

—Encenderé las luces. Sé dónde está el interruptor —respondió Michel, tanteando en la pared.

Localizó el interruptor y lo accionó.

Al encenderse las luces. Michel y Nicole pudieron ver el horrendo espectáculo. Sangre...

Jirones de tela...

De carne... Huesos... Vísceras...

Era lo que quedaba de la infortunada Charlotte.

* * *

Nicole Bouquet se había quedado más blanca que la bata de una enfermera, temblaba como una hoja, y las piernas se le doblaban, incapaces de sostener su cuerpo.

Quería chillar, pero no podía, limitándose a boquear como un pez fuera del agua, mientras sus horrorizados ojos contemplaban el estremecedor espectáculo.

Michel Dablon se hallaba tan horrorizado como la modelo, naturalmente, pero fue capaz de reaccionar. Cerró la puerta y abrazó a Nicole, obligándola a apartar la vista de los restos mortales de la desgraciada sirvienta.

—No mires, Nicole —dijo, con una voz que no parecía la suya. La modelo, al borde del desmayo, emitió un gemido de horror.

Se hubiera derrumbado en ese instante, de no hallar se en brazos del pintor. Como muerta quedó, en ellos.

Michel, adivinando que el desvanecimiento de la joven era inminente, la estrechó con más vigor.

—Por favor, Nicole, no te desmayes. Haz un esfuerzo por sobreponerte.

La modelo oyó lo que le decía Michel e hizo todo lo posible por mantenerse consciente. El pintor le acarició el rostro, besó sus trémulos labios, sus pómulos, sus ojos...

—Vamos, nena, vamos. Tienes que superarlo. Nicole se recuperó.

—Michel…

— ¿Te sientes mejor, Nicole?

—Es horrible…

—Sí, espantoso de verdad. El alacrán estuvo aquí. Esos restos parecen los de Charlotte. La devoró literalmente. Y temo que haya hecho lo mismo con el profesor Fresson.

— ¡Salgamos de aquí, Michel!

— ¿Sin saber lo que ha sido del profesor Fresson?

— ¡Habrá corrido la misma suerte que la sirvienta!

—Tenemos que averiguarlo, Nicole.

— ¡El alacrán puede seguir en la casa, Michel! ¡Surgir de un momento a otro y devorarnos también!

El pintor posó la mirada en la pared y dijo:

—Si el alacrán nos ataca, nos defenderemos. Y ya sé con qué.

CAPITULO IX

Lo que Michel Dablon había visto en la pared izquierda del vestíbulo, era un par de relucientes alabardas (1). Colgaban de ella, cruzadas, y servían de adorno. Pero podían servir para otra cosa.

Para dar muerte al monstruoso alacrán, si éste continuaba en la casa y los atacaba. Con esa intención se acercó el pintor a la pared, llevando consigo a Nicole Bouquet.

Tomó una de las alabardas y dijo:

—Con esto nos defenderemos, Nicole. La modelo movió su morena cabeza.

—No servirá de nada, Michel.

— ¿Cómo qué no? ¡Es un arma temible!

—El alacrán aún es más temible.

—Si aparece, lo ensartaré con esto.

—Insisto en que nos larguemos, Michel.

—Cuando hayamos recorrido la casa. Tenemos que encontrar al profesor Fresson. Vivo... o muerto.

—Lo encontraremos despedazado, como a su sirvienta —profetizó la modelo, volviendo la cabeza hacia lo poco que quedaba de la rolliza Charlotte.

Michel la cogió rápidamente de la barbilla y frenó su acción.

—No mires, Nicole. Volverás a sentirte mal.

—Aún me siento mal. Y no me sentiré bien hasta que no salgamos de esta casa y nos alejemos a toda prisa de ella. Si es que salimos, claro.

—Confía en mi, Nicole.

—Está bien. Busquemos al profesor Fresson. O lo que quede de él, que no debe de ser mucho.

—Dame la mano. Y no vuelvas a mirar los restos de la sirvienta.

—Descuide.

Echaron a andar los dos hacia el fondo del vestíbulo, en silencio, con el aliento contenido. El pintor llevaba la alabarda en la mano derecha y con la izquierda apretaba la mano de la modelo, para infundirle ánimos.

Michel sabía dónde estaba ubicado el laboratorio del profesor Fresson. Y fueron directamente hacia allí, pues era donde primero quería mirar el pintor.

La puerta estaba abierta de par en par.

Y había luz en el laboratorio.

—Me asomaré yo primero —susurró Michel.

—Bien —respondió Nicole, en el mismo tono. El pintor asomó la cabeza con cautela y...

— ¡Dios! —exclamó, con voz estrangulada.

Nicole, muy nerviosa, le estrujó materialmente la mano.

— ¿Qué ve, Michel?

—Tenías razón, Nicole.

— ¿El profesor Fresson...?

—Sí.

— ¿Muerto?

—Horriblemente despedazado.

— ¡Lo sabía! ¡Vámonos, Michel! —rogó la modelo, tirando de él.

—Espera.

— ¡No, no quiero esperar ni un segundo más!

—El alacrán no está, Nicole.

— ¡Pero puede volver!

—Quiero entrar en el laboratorio.

— ¡No. por favor!

—Estoy viendo algo, Nicole.

— ¿El qué?

—Alacranes pequeños. Normales. Encerrados en sendas jaulas. La modelo tuvo un estremecimiento.

— ¡Huyamos antes de que se hagan grandes, Michel! — Repítelo.

— ¡Huyamos antes de que se hagan tan gigantescos como el otro!

— ¿Crees que eso es posible?

— ¡No lo sé!

—Has dado en el clavo. Nicole.

— ¿Qué?

—La presencia de varios alacranes normales en el laboratorio del profesor Fresson, encerrados en jaulas individuales, demuestra que el científico estaba experimentando con ellos. No sé lo que pretendía, pero, por alguna razón que también desconozco, uno de los alacranes multiplicó su tamaño hasta alcanzar los tres metros largos. Quizá el profesor le inyectó alguna droga cuya finalidad era precisamente ésa, aumentar el tamaño del alacrán. Seguramente la dosis fue excesiva y el animalito se convirtió en un ser monstruoso. Devoró al profesor Fresson, devoró a su sirvienta, y abandonó la casa, llegando hasta la mía, que es la más próxima

—Puede que tengas razón, Michel, pero insisto en que debemos salir de esta casa cuanto antes.

—Sólo unos minutos más, Nicole —rogó el pintor— Lo justo para echar una ojeada al laboratorio.

—No quiero ver los pedazos del profesor, Michel

—Cierra los ojos. Yo te guiaré hasta la mesa de trabajo del profesor Fresson.

— ¿Como si estuviera ciega?

—Eso es.

—No me gusta la idea.

—Por favor, Nicole —insistió Michel.

—De acuerdo —suspiró la modelo, y cerró los ojos.

Michel entró en el laboratorio, tirando de la mano de Nicole. Alcanzaron la mesa de trabajo del científico.

—Ya puedes abrir los ojos, Nicole. Pero no te vuelvas, ¿eh? La joven separó los párpados.

Al ver de cerca los alacranes, moviéndose en sus jaulas, no pudo evitar un estremecimiento.

Y es que le recordaban al otro. Al gigantesco.

Al asesino.

Al devorador.

—Observa esto. Nicole —dijo Michel—, Hay una jaula vacía. Y su puerta parece forzada. Creo que esta jaula la ocupaba el alacrán que más tarde se convirtió en una bestia gigantesca. Escapó de ella y...

—Tengo miedo, Michel.

—Tranquila, no hay peligro. Fíjate en ese frasco. Está tumbado y hay manchas en la mesa. Debió desparramarse la sustancia que contenía. Quizá fuera la droga que el profesor Fresson inyectaba a los alacranes —adivinó el pintor.

—Es posible —respondió Nicole, en tono quedo.

—Aquí hay una libreta de notas. Quizá explique la clase de experimentos que estaba realizando el profesor Fresson con los alacranes —dijo Michel, cogiéndola.

—Vámonos, por favor —suplicó la modelo.

—Espera que le eche una ojeada a la libreta.

—Échesela en el coche.

—Te repito que el alacrán no está en la casa, Nicole.

—Pero puede volver en cualquier momento, Michel.

— ¿Sabes lo que te digo?

— ¿Qué?

—Que ojalá vuelva.

— ¡Michel!

—Me gustaría acabar personalmente con esa bestia asesina, para vengar al profesor Fresson y a Charlotte. Y puedo hacerlo con esta alabarda.

— ¡Yo no quiero que el alacrán vuelva!

Michel esbozó una sonrisa y empezó a leer lo que el profesor Fresson había anotado en la libreta.

Nicole no insistió.

Sabía que no lograría arrancar al pintor del labora torio del profesor Fresson.

* * *

Jean Pierrard había detenido el «Ford-Fiesta» en un bosquecillo próximo a la casa del profesor Fresson. Era un lugar ideal para pasarlo bien con una chica, y Jean había llevado allí a Sylvie Arnoul, una pelirroja de sólo veintiún años que estaba fenomenal de todo. Jean también era joven, ya que sólo contaba veintiséis años de edad.

Tenía el pelo rubio, los ojos claros, y las facciones agradables. Gustaba

a las mujeres.

Y las mujeres le gustaban a él.

En aquel bosquecillo, que Jean había descubierto hacía ya algunos meses, había hecho el amor con más de una docena de chicas. Y la pelirroja Sylvie no iba a ser una excepción, claro.

Ella, aunque conocía muy bien sus intenciones, preguntó:

— ¿Por qué me has traído aquí, Jean?

—Es un lugar tranquilo. Y muy romántico. ¿No te gusta, Sylvie? —preguntó él, rodeándola ya con sus brazos.

—Lo encuentro muy solitario.

—Por eso me gusta a mí, porque nunca hay nadie aquí —sonrió Jean, y la besó en los labios con vehemencia.

Sylvie no puso objeciones.

Tampoco protestó cuando la mano de Jean se deslizó por la abertura frontal de su falda, para acariciarle los muslos. Jean lo hizo, llegando hasta muy arriba.

Sin dejar de besarla, le abrió la blusa y le acarició los pechos con mucha habilidad, arrancándole un par de gemidos de placer.

Jean separó un momento su boca de la de ella y la miró a los ojos, sin dejar de acariciarla.

—Me gustas una tonelada, Sylvie. La pelirroja sonrió.

— ¿Tanto?

—Estás tremenda, de verdad —aseguró Jean, bajando la mirada y posándola en los túrgidos senos femeninos.

Sylvie le acarició el rostro.

—Tú tampoco estás mal, Jean.

— ¿Te gusto?

—Mucho.

—Lo vamos a pasar fenomenal, nena —sonrió Jean, y buscó de nuevo los labios de Sylvie.

Ella lo frenó.

—Un momento. Jean.

— ¿Qué pasa?

—Quieres hacer el amor conmigo, ¿verdad?

—Claro.

— ¿Y después...?

—No te entiendo.

— ¿Seguirás saliendo conmigo... o lo harás con otras?

—Qué pregunta tan tonta.

—Respóndeme con sinceridad, te lo ruego.

—Nos seguiremos viendo, Sylvie.

— ¿Seguro?

—Ese es mi deseo, al menos. Y confío en que tú desees lo mismo.

—Sabes que sí, Jean.

—Entonces, no hay ningún problema —sonrió de nuevo el zorro de Jean, y la besó con pasión.

Sylvie no le frenó esta vez. Deseaba entregarse a él, ser suya.

Jean deslizó su boca por la garganta de Sylvie y, con besos cortos y suaves, llegó hasta sus senos, que también besó sabiamente, haciéndola estremecer de placer.

Sylvie cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Oh. Jean, Jean... —gimió dulcemente, al tiempo que cogía la cabeza de él con sus manos y la apretaba contra su pecho desnudo.

Por eso, por tener los ojos cerrados, no vio al monstruoso alacrán.

Había surgido por entre los árboles, silencioso como un gato, e iba directamente hacia el «Ford-Fiesta» con las pinzas preparadas y el venenoso aguijón presto.

CAPITULO X

Jean Pierrard tampoco lo vio, claro.

Seguía con la cabeza hundida en el busto de Sylvie Arnoul.

El alacrán gigante alcanzó el «Ford Fiesta», lo aprisionó con sus colosales pinzas, y lo zarandeó como si fuera un coche de juguete.

Sylvie abrió los ojos, naturalmente, y Jean levantó la cabeza de su busto desnudo, alarmado.

— ¿Qué diablos...?

Sylvie lanzó un chillido de terror al descubrir al monstruoso escorpión.

— ¡Jean...!

— ¡Cielos! —exclamó Jean, que ya estaba mirando también al gigantesco alacrán. Los violentos zarandeos del vehículo lanzaban a Jean y Sylvie de un lado a otro.

— ¡Tenemos que salir de aquí, Sylvie! —gritó Jean, y trató de poner el coche en marcha. No era fácil, con los bruscos movimientos del vehículo.

Sylvie, además, se agarraba a Jean, presa de un terror indescriptible, y aún se lo ponía más difícil.

De pronto, el «Ford-Fiesta» se venció hacia su izquierda, empujado por las poderosas pinzas del alacrán, y dio una vuelta de campana, quedando ruedas arriba.

Jean y Sylvie, ahora, yacían en el techo del vehículo. La joven chillaba como una loca.

— ¡Vamos a morir, Jean! ¡Ese monstruoso animal nos destrozará!

— ¡Tenemos que salir del coche, antes de que nos atrape con sus pinzas! ¡Por esta ventanilla, Sylvie! —indicó Jean, empujándola por el trasero.

— ¡No, tengo miedo de salir!

— ¡Afuera he dicho! —rugió Jean, empujándola con más fuerza.

Sylvie se vio materialmente catapultada del coche y cayó al suelo, dando un par de vueltas por él, con la blusa abierta de par en par.

Jean se disponía a saltar también por la ventanilla, cuando la pinza derecha del alacrán se introdujo en el coche y le aprisionó una pierna.

El joven dio un grito de dolor, porque la pinza apretaba lo suyo. Lo peor, sin embargo, fue que tiró de él.

El alacrán quería sacarlo del vehículo por el lado opuesto.

Jean luchó desesperadamente por librarse de la poderosa pinza del escorpión, pero le fue imposible y el animal lo sacó del coche.

La otra pinza del alacrán cayó en seguida sobre el joven, aprisionándole el pecho.

Jean chilló, aterrorizado, pues se veía irremisiblemente perdido. Y lo estaba, desde luego.

Nada ni nadie podría librarlo del temible alacrán.

Sylvie, de rodillas en el suelo y con las manos apoyadas en la tierra, vio cómo el escalofriante escorpión levantaba a Jean como si fuera un muñeco y le clavaba su corvo aguijón en el vientre.

Jean lanzó un grito terrible al recibir la venenosa estocada. Sylvie también gritó, pero de horror.

Y es que la escena no podía ser más estremecedora.

Jean se agitó unos segundos más y luego quedó quieto entre las monstruosas pinzas del alacrán.

El veneno había acabado rápidamente con él. Era ya cadáver.

Un cadáver que el alacrán comenzó a devorar en presencia de la horrorizada Sylvie, que estaba a punto de desmayarse.

Y si se desmayaba, sería también atrapada y devorada por el terrorífico alacrán. Fue lo que se dijo la joven y eso le dio fuerzas para erguirse y echar a correr por entre los árboles, con la blusa abierta, porque no se había molestado en abrochársela.

En realidad, ni se acordaba de que iba con los pechos al aire. En lo único que pensaba, era en escapar del alucinante alacrán.

Y no le iba a ser fácil, porque el bicho, en cuanto la vio levantarse y echar a correr, soltó el cadáver de Jean y se lanzó tras ella, con las pinzas por delante.

Sylvie corría muy de prisa, pero el escorpión aún lo hacía más rápido, por lo que inevitablemente le daría alcance en sólo unos minutos.

La aterrorizada muchacha había salido ya del bosquecillo.

Corría en dirección a la casa del profesor Fresson, aunque por pura casualidad, ya que Sylvie no sabía que cerca de allí se alzaba la casa

del científico.

Los talones le tocaban el culo, pero, a pesar de ello, el alacrán seguía acortando distancias.

Sylvie sabía que el animalote la perseguía, porque había vuelto la cabeza un par de veces y lo había visto correr tras ella, con una rapidez que erizaba el vello.

Por eso, cuando vio surgir la casa del profesor Fresson, se le ensanchó el corazón de alegría, pues la joven pensaba que dentro de ella estaría a salvo.

Si lograba alcanzarla, claro, porque el alacrán gigante amenazaba con atraparla antes de que llegara a la casa y se protegiera en ella.

* * *

—Estaba en lo cierto. Nicole —dijo Michel Dablon.

— ¿Qué?

—El profesor Fresson venía realizando experimentos con los alacranes, en esta libreta lo dice. Les inoculaba una droga creada por él, con la que pretendía duplicar o triplicar su tamaño.

— ¿Sólo duplicar o triplicar?

—Sí.

—Pues se le fue la mano en la fórmula, no hay duda —rezongó la modelo.

—El caso es que, según dice aquí, los experimentos todavía no habían dado resultado.

—Pues si llegan a darlo... —repuso Nicole, con ironía.

—Ese alacrán debió desarrollarse tanto por accidente —adivinó el pintor.

— ¿Accidente...?

—Tengo una teoría, Nicole. La jaula forzada, el frasco tumbado, las manchas de la mesa... El alacrán se escapó, derribó el frasco de la droga, y la ingirió por su cuenta. Y al ingerir tanta droga, no sólo duplicó o triplicó su tamaño, sino que lo multiplicó de tal manera que llegó a rebasar los tres metros de longitud.

Y empezó la tragedia.

—La pesadilla, lo llamaría yo —dijo la modelo.

—Ojalá fuera una pesadilla, Nicole, porque en sueños, por horribles que sean, no muere nadie. Y en esta casa han muerto dos personas, devoradas por ese monstruoso bicho.

—Pueden ser cuatro las víctimas, si continuamos aquí.

—No me crees capaz de acabar con el alacrán, ¿eh?

—Valor no le falta, ya lo sé, pero...

—Si asoma las pinzas, sabrá lo que es bueno —masculló el pintor, levantando significativamente la alabarda.

—Vámonos, Michel, se lo ruego.

—Está bien. Pero antes, voy a hacer uso del teléfono.

— ¿A quién quiere llamar?

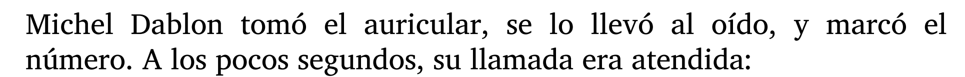
—A la policía.

—La otra vez no lo hicieron...

—Ni puto caso, ya lo sé. Pero esta vez será distinto, porque hay dos cadáveres. Despedazados, pero los hay.

Y la policía tendrá que creer en la existencia del alacrán gigante, cuando vean lo que ha quedado del profesor Fresson y de su sirvienta —rezongó Michel, y se acercó al teléfono que el infortunado científico tenía instalado en su laboratorio.

CAPITULO XI



Michel Dablon tomó el auricular, se lo llevó al oído, y marcó el número. A los pocos segundos, su llamada era atendida:

— ¿Diga?

El pintor reprimió una maldición, porque era el mismo policía de antes. Su agria voz resultaba inconfundible.

—Soy el de antes —gruñó.

— ¿Quién?

— ¡El del alacrán!

— ¡Hombre! —Exclamó el policía—. ¿Y qué, lo ha matado ya de un escobazo, como le aconsejé...?

Michel se acordó de la madre del tipo, pero sólo con el pensamiento, de momento.

—Con una escoba no hay nada que hacer —respondió.

—Demasiado grande, ¿eh?

—Así es.

— ¿Cuánto dijo que medía, que no lo recuerdo...? —Tres metros y medio.

— ¿Y sigue midiendo eso, o ha crecido más?

—Mide lo mismo. Aunque no tardará en alcanzar los cuatro metros, si sigue comiendo tanto.

— ¿Es que come mucho...?

—Esta noche se ha zampado ya a dos personas.

— ¡No me diga!

—Sí le digo. Y como sé que no me cree, le diré dónde pueden encontrar lo poco que quedó de su cuerpo.

—Tomo nota, amigo —respondió el policía, en tono irónico.

—Estoy en la casa del profesor Fresson, el prestigioso científico.

—Lo conozco.

—Pues si lo viera ahora, no lo reconocería, porque es una de las víctimas —informó Michel—. La otra víctima, es su sirvienta.

El policía no dijo nada.

— ¿Ha tomado nota, agente? —preguntó el pintor.

—No tiene gracia, ¿sabe? —masculló el policía.

— ¿El qué?

—Su broma.

—No es ninguna broma, agente. Lo comprobarán cuando vengan. Lo que queda del profesor Fresson, lo encontrarán en su laboratorio. Y lo que queda de su sirvienta, en el vestíbulo.

— ¡Cállese, loco!

—Estoy tan cuerdo como usted. Y como antes no le dije mi nombre, se lo diré ahora. Soy Michel Dablon, el pintor, vecino del profesor Fresson. ¿Ha visto usted algún cuadro mío...?

El policía guardó silencio de nuevo.

— ¿No ha visto ninguno? —insistió Michel.

— ¡Si!

— ¿Y le gustó?

— ¡Sí!

—Me alegro. Y ahora, lo dejo. Le estoy hablando desde el laboratorio del profesor Fresson y no me conviene seguir aquí, porque el alacrán gigante puede volver y sólo dispongo de una alabarda para defenderme.

Adiós, agente.

— ¡Espere!

— ¿Sí, agente...?

— ¿De verdad es usted Michel Dablon?

—Desde hace treinta años.

—Júreme que no ha empinado el codo.

—No he ingerido una sola gota de alcohol, se lo juro.

—Entonces, lo del alacrán es cierto... —musitó el policía.

—Todo es cierto, agente. Y para que no se rompa la cabeza tratando de explicárselo, le diré que el profesor Fresson venía realizando unos experimentos con alacranes. Les inoculaba una droga para aumentar su tamaño. Y. por accidente, uno de los alacranes ingirió casi toda la droga. Por eso mide más de tres metros.

— ¡Dios!

—Vengan cuanto antes, agente. Hay que acabar con ese monstruoso animal… o seguirá devorando gente. — ¡Salimos en seguida hacia ahí!

—Bien.

— ¡Y perdóneme por lo de antes, señor Dablon! —Se disculpó el policía—. ¿Cómo iba a suponer yo que…?

—Olvídelo, agente.

— ¡Gracias!

Michel colgó el teléfono y miró a la modelo.

—Me han creído, Nicole.

—Menos mal.

—Vienen ya para acá.

—Magnífico. Les esperaremos en el coche.

—De acuerdo —sonrió ligeramente el pintor, y la cogió del brazo.

—Hago de nuevo la ciega, ¿verdad?

—Será lo mejor.

Nicole cerró los ojos, para no ver los restos del profesor Fresson, y Michel la sacó del laboratorio.

Justo cuando cruzaban la puerta., sonó el timbre de la casa.

Insistentemente. Desesperadamente. Angustiosamente.

Era normal que sonase así, porque era Sylvie Arnoul quien llamaba.

¡Y el gigantesco alacrán estaba sólo a unos metros de ella!

* * *

La pelirroja giró la cabeza, sin dejar de apretar el timbre.

Dio un chillido de pánico, al ver al monstruoso escorpión tan cerca, e intentó abrir la puerta por su cuenta. Lo consiguió, al no estar echado el cerrojo, e irrumpió alocadamente en la casa.

Tan alocadamente, que perdió el equilibrio y se precipitó de bruces en el vestíbulo, casi sobre los restos de la infortunada Charlotte.

Las manchas de sangre, los jirones de tejido y de carne, los huesos, las vísceras… Todo ello contribuyó a acentuar el horror de la angustiada Sylvie, que seguramente se hubiera desvanecido de no saber que el

gigantesco alacrán estaba a punto de caer sobre ella y convertirla… en lo que sus espantados ojos estaban viendo.

El deseo de continuar en el mundo de los vivos le dio fuerzas para incorporarse de un salto, volverse con rapidez, e intentar cerrar la puerta antes de que el terrorífico escorpión se introdujera en la casa.

Desgraciadamente, no pudo ser.

El animal estaba ya tan cerca, que con sus largas pinzas impidió que la muchacha cerrara la puerta.

Sylvie empujó con todas sus fuerzas, que no eran muchas después de la alocada carrera, pero las gruesas pinzas del alacrán empujaron mucho más fuerte y la joven se vio derribada de forma violenta.

Mientras caía, dio un grito ensordecedor. Quedó tendida boca arriba.

Y ya no pudo levantarse, porque el colosal escorpión irrumpió en la casa y la atrapó con sus poderosas pinzas.

Sylvie volvió a gritar, más desesperadamente aún que antes. Se sabía perdida.

A un paso de la muerte. De una muerte horrible.

La misma que sufriera Jean.

Al igual que a él, la monstruosa bestia le había aprisionado el pecho con una pinza y las piernas con la otra, la había levantado del suelo con asombrosa facilidad y ya se disponía a clavarle su venenoso aguijón en el desnudo estómago.

* * *

Michel Dablon y Nicole Bouquet se habían quedado parados al oír sonar el timbre de la casa.

—Llaman —murmuró el pintor.

—Y con qué insistencia… —dijo la modelo.

—Vamos a ver quién es.

Caminaron los dos hacia el vestíbulo, Michel con la alabarda firmemente empuñada, por si aparecía de pronto el alacrán gigante.

Tan sólo unos segundos después, oían el primer chillido de Sylvie Arnoul. Michel y Nicole cambiaron una mirada.

— ¡Es una mujer! —exclamó el pintor.

— ¡Y está en peligro! —adivinó la modelo.

— ¡El alacrán!

— ¡Seguro!

— ¡Corramos Nicole!

— ¡El cielo nos proteja!

Michel estaba tirando ya de la mano de Nicole.

Justo cuando alcanzaba el vestíbulo, Sylvie emitía el segundo chillido, entre las pinzas ya del enorme escorpión.

Nicole se quedó clavada.

— ¡Dios bendito! —exclamó, estremecida de horror.

Michel sintió que la sangre se le helaba al ver que el corvo aguijón del alacrán iba a clavarse en el estómago de la infortunada muchacha, para inyectarle el veneno.

— ¡Detente, maldito! —rugió, soltando la mano de Nicole y corriendo valientemente hacia el animal.

El alacrán lo vio y frenó su aguijón.

Prefería acabar primero con el pintor. Y se preparó para ello.

CAPITULO XII

El alacrán soltó las piernas de Sylvie Arnoul, pero no su pecho, porque aún estaba viva y no quería que se le escapara. Con una pinza la mantendría atrapada a ella y con la otra intentaría atrapar a Michel Dablon.

La pelirroja no paraba de gritar histéricamente, mientras luchaba por librarse de aquella especie de gigantesca tenaza que aprisionaba su pecho desnudo, lastimándola con su terrible presión.

No podía escapar de ella.

Era como estar pillada en un cepo.

Sylvie pataleaba en el aire, mientras la sangre corría por sus muslos, lastimados por la otra pinza del alacrán, que le había causado unas heridas profundas.

También por su pecho desnudo resbalaba la sangre, porque la dura pinza del escorpión había profundizado en sus carnes, causándole un agudo dolor.

Michel Dablon, decidido a salvar a la pelirroja, atacó al alacrán con la alabarda.

— ¡Suéltala, asesino!

El afilado extremo del arma llegó al cuerpo del animal, produciéndole una herida, aunque no todo lo profunda que el pintor hubiera deseado.

De todos modos, el bicho emitió un graznido de dolor, acusando la punzada. La herida lo enfureció y trató de atenazar a Michel con su pinza.

Estuvo a punto de conseguirlo, pero el pintor, gracias a un ágil salto, pudo burlar la poderosa pinza del alacrán y atacarle de nuevo con la alabarda.

— ¡Toma, monstruo!

El escorpión graznó por segunda vez, al resultar nuevamente alcanzado por el agudo extremo de la alabarda. Tampoco fue una herida grave, pero si tan dolorosa como la otra.

Michel tenía que limitarse a pinchar al animal con la punta de la alabarda, pues no podía usar la cuchilla de media luna mientras el bicho mantuviera atrapada a Sylvie, por temor a herir a la muchacha.

Por otra parte, no podía acercarse demasiado al alacrán o se vería atrapado por la otra pinza y entonces estaría tan perdido como la pelirroja.

El escorpión intentó nuevamente hacer presa de él, pero el pintor anduvo tan ágil de reflejos como antes y esquivó la temible pinza.

El animal, furioso por las dos heridas recibidas y por sus dos fallos consecutivos, decidió soltar a Sylvie y atacar al pintor con sus dos pinzas.

Quería atraparlo.

Y hacerle pagar las dos heridas,

Al abrirse la pinza. Sylvie cayó al suelo, con el pecho ensangrentado.

Michel se alegró de que el alacrán hubiera soltado a la muchacha, por el bien de ella y porque ahora podría atacar al animal sin ningún temor.

— ¡Apártate, pelirroja! ¡Reúnete con Nicole! —indicó el pintor, al tiempo que se desplazaba hacia su izquierda, para alejar al escorpión de la joven.

Sylvie gateó por el suelo, soportando el dolor de las heridas que tenía en el pecho y en los muslos.

Nicole salió a su encuentro, la agarró de un brazo, y la ayudó a ponerse en pie.

— ¡Alejémonos, de prisa! —dijo, llevándola hacia el fondo del vestíbulo. Michel estaba ya luchando bravamente con el gigantesco alacrán.

— ¡Toma, prueba esto, bestia asesina! —gritó, descargando la cuchilla de media luna sobre una de las pinzas del animal.

La cuchilla penetró profundamente en la pinza, arrancando un terrible graznido al escorpión, porque está herida era mucho más seria que las dos anteriores.

El alacrán encogió velozmente la pinza.

—No te ha gustado, ¿verdad? —Exclamó Michel—, ¡Pues prepárate, que voy a repetir el golpe!

El escorpión disparó la pinza sana, pero, en vez de buscar el cuerpo del pintor, como en las anteriores ocasiones, tomó como objetivo la alabarda.

Quería desarmar a Michel.

¡Y lo consiguió!

¡El pintor no pudo evitar que el alacrán le arrancara la alabarda de las manos, con su pinza!

¡Se había quedado indefenso!

Michel dio un salto hacia atrás, después de perder el arma.

— ¡Maldito!

El escorpión estrelló la alabarda contra el suelo, con furia, y el asta se quebró por dos sitios. Después de destrozar el arma, el animal se lanzó sobre el pintor, seguro de atraparlo.

* * *

Nicole Bouquet y Sylvie Arnoul chillaron a dúo, en el fondo del vestíbulo, convencidas las dos de que el gigantesco alacrán iba a atrapar a Michel Dablon.

Pero el pintor aún iba a dar guerra.

No era de los que perdían fácilmente la serenidad, solía mantener la sangre fría y la mente lúcida, así que burló el ataque del escorpión dando un prodigioso salto hacia su derecha y luego corrió hacia la pared.

El alacrán había destrozado una alabarda, pero que daba otra. Y Michel la empuñó con rapidez.

Después, se volvió hacia el alacrán y rugió:

— ¡Vuelvo a estar armado, monstruo! ¡Y esta alabar da no me la dejaré arrebatar tan fácilmente!

El animal soltó un graznido de rabia, porque ya sabía el daño que podía hacer aquel tipo de arma. No obstante, atacó al pintor.

Tenía que arrancarle la alabarda de las manos. Destrozarla, como destrozara la otra.

Intentó aprisionarla con su pinza sana, pero Michel dio un nuevo salto y burló su acción, respondiendo con una estocada al cuerpo del bicho.

El alacrán graznó de dolor.

Michel no le concedió tregua y le asestó un golpe con la cuchilla de media luna, incrustándosela casi totalmente en el cuerpo.

El animal soltó otro terrible graznido y retrocedió, atemorizado, porque eran ya varias las heridas recibidas y dos de ellas habían sido graves.

El alacrán se daba cuenta de que la alabarda podía acabar con él.

Michel estaba seguro de ello, así que fue hacia el animal, decidido a rematarlo.

— ¡Te voy a hacer pedazos, alacrán del demonio! El bicho, asustado, optó por huir.

Como la puerta seguía abierta, corrió hacia ella. Michel lo persiguió.

— ¡No huyas, cobarde! ¡Pelea conmigo, rata con pinzas!

El alacrán cruzó la puerta como una flecha y se alejó de la casa.

Michel salió también, con la alabarda en las manos, pero no corrió en pos del escorpión. Sabía que no podía alcanzarlo.

Además, siendo de noche, el bicho podría despistarlo fácilmente y regresar a la casa del profesor Fresson, para dar buena cuenta de Nicole y de la chica pelirroja.

Michel debía quedarse con ellas.

Tenía que protegerlas hasta que llegase la policía.

CAPITULO XIII

Michel Dablon entró de nuevo en la casa y cerró la puerta. Después, caminó hacia el fondo del vestíbulo.

—Ha huido —dijo.

— ¡Menos mal! —exclamó Nicole Bouquet.

— ¡Es usted un valiente! —dijo Sylvie Arnoul, que se había cerrado la blusa, aunque ésta seguía desabrochada.

El pintor se detuvo junto a ellas.

— ¿Quién eres?

—Me llamo Sylvie.

— ¿Dónde te viste atacada por el alacrán gigante?

—En un bosquecillo próximo. Estaba con Jean, un amigo, en su coche.

— ¿Qué ocurrió?

— ¡Dios mío, fue horrible! —sollozó la pelirroja, cubriéndose los ojos con una mano, mientras con la otra apretaba la blusa contra su pecho ensangrentado.

Después, refirió lo sucedido en el bosquecillo. El ataque del alacrán.

La muerte de Jean Pierrard. La persecución...

—Cuando el animal me atrapó con sus monstruosas pinzas, dentro ya de la casa, creí que había llegado mi hora —dijo Sylvie—. Por suerte para mí, aparecieron ustedes cuando ya el alacrán se disponía a clavarme su aguijón y... Le debo la vida, Michel.

—Me alegro de haberte salvado. Sylvie. Ahora, debemos ocuparnos de tus heridas.

—Gracias.

— ¿Te duelen mucho, Sylvie? —preguntó Nicole.

—Bastante. Especialmente, las del pecho —respondió la pelirroja, con gesto de sufrimiento.

—Necesitamos un botiquín. Michel.

—Busquémoslo.

Lo encontraron en el armario del cuarto de baño. Michel abrió el botiquín.

—Quítate la blusa, Sylvie. Y la falda.

La pelirroja tuvo unos segundos de vacilación. Nicole sonrió.

—Yo tampoco llevo falda, ya lo ves. Y no pasa nada, porque Michel es pintor. Yo soy modelo y estaba posando desnuda para él, cuando el alacrán gigante apareció. Michel no se pondrá nervioso porque te desnudes en su presencia.

—Desde luego que no —sonrió también el pintor—. He visto ya muchas mujeres sin ropa.

—Claro, siendo pintor… —dijo Sylvie, y se despojó de la blusa y de la falda, quedando en pantaloncitos.

Michel le curó las heridas, con la ayuda de Nicole.

—No son graves. Sylvie. Estarás bien en unos días —aseguró el pintor.

—Eso espero.

—Tuviste suerte, Sylvie —dijo Nicole—. Unos segundos más, y el alacrán te habría clavado su aguijón.

La pelirroja se estremeció.

—No me lo recuerdes, Nicole. Fueron unos momentos horrorosos.

—Mejor olvidarlos, ¿verdad? —dijo Michel.

—Desde luego. Lo que no podré olvidar nunca, es que usted me salvó la vida, Michel.

—Lo hice muy a gusto, te lo aseguro.

— ¿Cómo podré agradecérselo?

—No tienes que agradecérmelo, Sylvie.

— ¿Quiere que pose para usted?

— ¿Posar…?

—Gratis, por supuesto. El pintor carraspeó.

—Bueno, yo…

— ¿Me encuentra algún defecto?

—No, ninguno.

Nicole emitió una risita.

—Posees un cuerpo magnífico, Sylvie. Seguro que Michel te acepta como modelo, cuando acabe de pintarme a mí.

—Me encantaría que así fuera —dijo la pelirroja. Michel carraspeó de

nuevo.

—Hablaremos de ello cuando estés curada, Sylvie.

—De acuerdo.

—Volvamos al vestíbulo. La policía debe estar al caer.

—Me pondré la blusa, que ésos no son pintores —dijo Sylvie, haciendo reír a Michel y Nicole.

La policía, en efecto, llegó apenas un par de minutos después.

Michel Dablon oyó los coches y abrió la puerta, con la alabarda en las manos. Eran cuatro coches, nada menos.

Los agentes empezaron a descender, armados con modernos fusiles. Habían venido quince hombres, al mando del comisario Lecayeux. Michel habló con él, informándole brevemente de lo sucedido.

Y allí estaban Nicole Bouquet y Sylvie Arnoul, para confirmar sus palabras. En pantaloncitos las dos, porque Sylvie no se había puesto la falda, para evitar el roce de ésta con las heridas de sus muslos.

Los policías, como es lógico, se fijaban en sus piernas, aunque con disimulo, para que el comisario Lecayeux no les llamara la atención.

El comisario, después de echar una fugaz mirada a los restos de la sirvienta del profesor Fresson, lo que hizo que casi devolviera la cena, preguntó:

— ¿Por dónde se fue ese monstruoso alacrán, señor Dablon?

—Desapareció por allí —indicó el pintor, extendiendo el brazo.

—Trataremos de encontrarlo y de darle caza.

—Tengan cuidado, comisario. Aunque le causé varias heridas, dos de ellas muy serias, ese animal sigue siendo muy peligroso.

—No nos confiaremos, puede estar seguro.

—Harán bien.

—Dejaré cuatro hombres aquí, por si al alacrán se le ocurre volver, mientras nosotros le seguimos el rastro.

—Buena idea, comisario.

—Seguirán ustedes en la casa, ¿verdad?

—Sí, queremos saber cómo termina todo.

—Esperemos que felizmente.

—Es lo que deseamos también nosotros, comisario.

Lecayeux se marchó, acompañado de once policías, quedando los otros cuatro vigilando la casa.

La vigilancia, desgraciadamente, no iba a servir de nada, porque el alacrán gigante había vuelto y se encontraba ya dentro de la casa. Había penetrado silenciosamente por una de las ventanas de la parte de atrás, la misma que utilizara para salir de la casa tras haber devorado al profesor Fresson y a Charlotte, y estaba deseando actuar.

Atrapar y devorar a Michel, concretamente, para vengarse de las varias heridas que el pintor le causara con la alabarda.

* * *

Michel, Nicole y Sylvie se encontraban en el salón, esperando el regreso y las noticias del comisario Lecayeux. Los tres necesitaban una copa, y el pintor se había encargado de servirlas.

Nicole y Sylvie se habían sentado en el sofá.

Michel fue hacia ellas, con las tres copas en sus manos.

—Es un buen brandy —dijo.

Nicole cogió una de las copas, Sylvie cogió otra, y el pintor se quedó con la tercera. Se sentó en un sillón e ingirió un sorbo de licor, siendo imitado por las chicas.

— ¿Te siguen doliendo las heridas, Sylvie? —preguntó Michel.

—Sí, aunque menos.

—Me alegro.

—Me las curaron ustedes muy bien.

—Es que yo iba para médico, y Nicole, para enfermera. Rieron los tres.

Michel tomó otro sorbo de brandy y dijo:

—Espero que el comisario Lecayeux y sus hombres encuentren pronto al alacrán y acaben con él.

—Lo que yo espero, y deseo, es que ese temible animal no vuelva por aquí —repuso Nicole.

—Si vuelve, los policías que vigilan la casa le harán un buen recibimiento con sus fusiles. Y si no pudieran con él, aquí estoy yo con mi alabarda para causarle unas cuantas heridas más y acabar

definitivamente con ese maldito bicho.

Sylvie sonrió levemente.

—Tiene usted mucho valor, Michel. Se enfrentó al alacrán, sin importarle su tamaño ni su ferocidad, y le obligó a huir con una simple alabarda.

—Con dos, porque la primera me la arrebató y la partió —recordó el pintor.

—Cuando eso sucedió, le vi perdido, Michel —confesó Nicole.

—Yo también —dijo Sylvie.

—Qué poca fe. Volvieron a reír los tres.

Pero muy poco, porque en ese preciso momento apareció el alacrán gigante, con la pinza herida encogida, pero la otra presta a atrapar al pintor y el aguijón preparado para clavarse en su cuerpo y llenárselo de veneno.

* * *

Nicole y Sylvie se pusieron a chillar como locas al ver entrar al monstruoso alacrán en el salón, ansioso de venganza. Naturalmente, las copas escaparon de sus manos y se estrellaron contra el suelo, haciéndose añicos.

Michel arrojó la suya y brincó del sillón, atrapando velozmente la alabarda para defenderse del furioso ataque del escorpión gigante.

— ¡Protegeos detrás del sofá, rápido! —gritó—. ¡Corréis peligro ahí!

Nicole y Sylvie saltaron del sofá y se colocaron detrás de él, encogidas. Sólo asomaban la cabeza, y no entera, sino de nariz para arriba. Lo justo para poder presenciar la nueva lucha de Michel con el gigantesco alacrán.

El animal atacó al pintor con su pinza sana, pero éste supo escabullirse y contraatacar con eficacia, incrustando el extremo de la alabarda en el cuerpo del bicho.

Una herida más, que obligó al alacrán a graznar de dolor.

Michel quiso asestarle un golpe con la cuchilla de media luna, pero la pinza sana del escorpión volvió a dispararse y le buscó el cuello.

¡Y casi se lo pilla!

Hubiera supuesto la muerte del pintor, porque prácticamente lo hubiera degollado. Por suerte, Michel supo encogerse a tiempo y la temible pinza sólo aprisionó el aire.

El pintor cambió rápidamente de posición y proyectó la cuchilla de la alabarda sobre el cuerpo del escorpión, antes de que éste volviera a atacarlo.

La cuchilla se incrustó totalmente en el cuerpo del arácnido, causándole una herida espantosa.

Y espantoso, también, fue el graznido que lanzó el animal, porque la vida empezaba a escapársele.

Michel le descargó de nuevo la cuchilla de media luna.

— ¡Muere, maldito! ¡Quiero verte partir hacia el infierno! ¡Allí es donde debes estar, engendro de Satanás!

El alacrán volvió a graznar al recibir la nueva herida, tan terrible como la anterior. El siguiente golpe de cuchilla, casi le cercena la pinza sana.

El alacrán retrocedió, con intención de huir, pero ya no tenía fuerzas suficientes para ello y recibió varias heridas más, que acabaron con su vida rápidamente. Quedó quieto.

Rígido. Destrozado...

El terrorífico alacrán no devoraría a nadie más.

EPILOGO

Michel y Nicole habían vuelto a la casa del pintor, en el «Ford-Escort» de éste, De Sylvie, se había hecho cargo el propio comisario Lecayeux, que deseaba acompañarla personalmente a su apartamento.

Naturalmente, la atractiva pelirroja se había colocado su falda.

Y en busca de eso iba Nicole, de su falda, que seguía en el estudio de Michel. El pintor detuvo el coche, pero no salió de él.

Tampoco Nicole.

Ambos contemplaban la puerta de la casa, derribada por el alacrán gigante, el «Mini» de la modelo, todavía volcado, las ruedas esparcidas...

—Menos mal que todo ha terminado —murmuró Michel.

—Sí —respondió la modelo.

—Tendré que llevarte a tu casa, en mi coche, porque el tuyo...

—No tiene ruedas, ya lo veo.

—Tengo una idea.

— ¿Cuál?

—Quédate en mi casa esta noche.

— ¿Tiene una cama para mí, Michel?

—La mía.

— ¿Qué me está proponiendo...?

El pintor le pasó el brazo por los hombros y la atrajo suavemente hacia sí.

—Que celebremos el exterminio del alacrán gigante. — ¿Haciendo el amor?

—Me gustas, Nicole —confesó Michel, antes de besarla en los labios dulcemente y de acariciarle las piernas.

La modelo le devolvió el beso y dijo:

—Usted también me gusta a mí, Michel, pero... —Tutéame, Nicole, puesto que vamos a dormir juntos.

—Aún no he dicho que sí.

—Si dices que no, me muero del disgusto.

— ¿Te acuestas con todas tus modelos?

—No.

— ¿Y por qué me lo has propuesto a mí?

—Porque tú vas a ser algo más que una modelo para mí, Nicole.

— ¿Estás seguro?

—Sí.

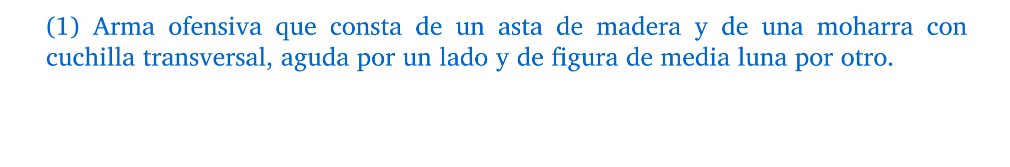
—Ojalá sea cierto. Michel —deseó Nicole, y le besó, poniendo todo su corazón en la caricia.

El pintor la abrazó con vehemencia, porque era verdad que Nicole iba a ser algo más que una modelo para él.

Y el tiempo vino a demostrarlo, ya que sus relaciones acabaron en boda.

F I N

NOTAS


(1) Arma ofensiva que consta de un asta de madera y de una moharra con cuchilla transversal, aguda por un lado y de figura de media luna por otro.

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

misterio ...

ROJO

suspense....

ROJO

acción ...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S

PRECIO EN ESPA
60 PTAS.

Impreso e